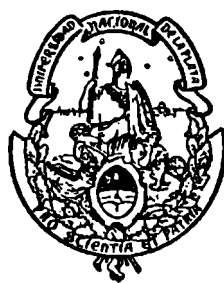


UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA
PUBLICACIONES OFICIALES

SECCION II

DISCURSOS - CONFERENCIAS
TRABAJOS CIENTIFICOS Y LITERARIOS



LA PLATA (Rep. Argentina)

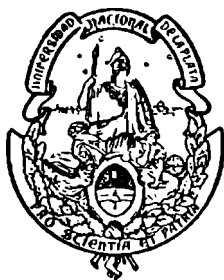
1937

DISCURSOS - CONFERENCIAS - TRABAJOS CIENTIFICOS
Y LITERARIOS

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA
PUBLICACIONES OFICIALES

SECCION II

DISCURSOS - CONFERENCIAS
TRABAJOS CIENTIFICOS Y LITERARIOS



LA PLATA (Rep. Argentina)

1937

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

Presidente:

Ing. JULIO R. CASTIÑEIRAS

Vicepresidente:

Doctor JUAN CARLOS REBOBA

Secretario Gral. y del C. superior:

Abogado BERNARDO ROCHA

I. - Consejo superior:

Consejeros titulares:

Ing. agrón. Santiago Boaglio

» » Santos Soriano

Dr. Hilario Magliano

Ing. Enrique Humet

Dr. Eduardo F. Giuffra

» Juan Carlos Rébora

» Alfredo D. Calcagno

Sr. Francisco Romero

Dr. Angel Bianchi Lischetti

» Antonio G. Pepe

» Eduardo Blomberg

» Víctor M. Arroyo

» Héctor Dasso

» Oreste E. Adorni

» Joaquín Frenguelli

Prof. Milcíades A. Vignati

Ing. Félix Aguilar

Consejeros suplentes:

Ing. agrón. Juan C. Lindquist

» » Juan B. Marchionatto

Ing. Evaristo Artaza

» Antonio Escudero

Dr. Leonidas Anastasi

» Faustino J. Legón

Sr. Rafael Alberto Arrieta

Dr. Luis J. Guerrero

» Trifón Ugarte

» Jorge E. Durrieu

» Abel Rottgardt

» Eugenio A. Galli

» Diego M. Argüello

Sr. Angel Cabrera

Ing. Agrón. Lorenzo R. Parodi

Representantes de los estudiantes:

Sr. Santiago Marzo

» Fernando M. Lizarralde

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

II. - Facultad de agronomía:

Decano: Ing. agrón. Santiago Boaglio; *Vicedecano:* ing. agrón. Juan O. Lindquist; *Consejeros académicos titulares:* doctor Carlos Albizzati, señor José F. Molfino, ing. agrón. Emilio J. Ringuet, ing. agrón. José I. Vidal; *Consejeros académicos suplentes* (vacantes); *Delegados de los estudiantes:* señores Eugenio R. Balbastro y Mario O. D. Ceresa.

III. - Facultad de ciencias físico-matemáticas:

Decano: doctor Hilario Magliano; *Vicedecano:* ingeniero Evaristo Artaza; *Consejeros académicos titulares:* arquitecto Julio Gazarri, ingeniero Francisco J. Pastrana, ingeniero Juan Sabato, ingeniero Juan L. Albertoni, ingeniero Juan D. Gandolfo, ingeniero Evaristo Artaza; *Consejeros académicos suplentes:* ingeniero José Garralda, ingeniero Víctor J. Quintana, doctor Héctor Isnardi, ingeniero Miguel Simonoff, ingeniero Lorenzo Baralis; *Delegados de los estudiantes:* señores Juan G. Franzetti e Isaac J. Monagi.

IV. - Facultad de ciencias jurídicas y sociales:

Decano: doctor Eduardo F. Giuffra; *Vicedecano:* doctor Leonidas Anastasi; *Consejeros académicos titulares:* doctor Buena Ventura Pessolano, doctor C. Ernesto Campolongo, doctor Eugenio Mordegli, doctor David Lascano, doctor José Arias, doctor Luis R. Longhi; *Consejeros académicos suplentes:* doctor Santiago C. Fassi, doctor Mariano Molla Villanueva, doctor Carlos Cossio, doctor Eduardo R. Elguera, doctor Francisco Orione, doctor Ricardo de Labougle; *Delegados de los estudiantes:* señores Eusebio Zubasti y Rodolfo Zoilo Gómez.

V. - Facultad de humanidades y ciencias de la educación:

Decano: doctor Alfredo D. Calcagno; *Vicedecano:* señor Rafael Alberto Arrieta; *Consejeros académicos titulares:* doctor Augusto Cortina, doctor Fernando Márquez Miranda, doctor Romualdo Ardissonne, profesor Ernesto L. Figueroa, señor Pascual Guaglianone, señor Alberto Palcos; *Consejeros académicos suplentes:* profesora Elisa Esther Bordato, doctor Arturo Capdevila, doctor Pedro Henriquez Urefia; *Delegados de los estudiantes:* señorita María del Carmen Moreno y señor Miguel A. Escalante.

VI. - Facultad de química y farmacia:

Decano: doctor Enrique V. Zappi; *Vicedecano:* (vacante). *Consejeros académicos titulares:* doctor Antonio Ceriotti, doctor Santiago Celsi, doctor José D. Méndez; *Delegados de los estudiantes:* señor Jorge Biañ y señor Arturo Sabato.

VII. - Facultad de medicina veterinaria:

Decano: doctor Eduardo Blomberg; *Vicedecano:* doctor Jorge E. Durrieu; *Consejeros académicos titulares:* doctor C. Natalio Lojudice, doctor Alejandro O. Baudou, doctor Edilberto Fernández Ithurrat, doctor José M.

de la Barrera, doctor Pedro Lenci, doctor G. Arturo Cabral; *Consejeros académicos suplentes:* doctor Antorio Pires, doctor Pablo Negroni, doctor José N. Gofí; *Representantes de los estudiantes:* señores Félix Franco y Aldo J. A. Ferrari.

VIII. - Facultad de ciencias médicas:

Decano: doctor Héctor Dasso; *Vicedecano:* doctor Eugenio A. Galli; *Consejeros académicos titulares:* doctor Nicolás V. Greco, doctor Juan B. Mendy, doctor Rodolfo Rossi, doctor Mario Soto, doctor José Valls, doctor Lorenzo Gallíndez; *Consejeros académicos suplentes:* doctor Daniel Greenway, doctor Manuel Cieza Rodríguez, doctor Inocencio Canestri; *Representantes de los estudiantes:* señores Osvaldo Zingoni y Horacio Dente.

IX. - Instituto del Museo:

Director: doctor Joaquín Frenguelli; *Vicedirector:* ing. agrón. Lorenzo R. Parodi; *Consejeros académicos titulares:* doctor Angel Cabrera, ingeniero Nicolás Besio Moreno, doctor Walter Schiller, doctor Max Birabén, doctor Emiliano J. Mac Donagh, doctor Manuel Keidel, doctora Juana Cortelezzi, doctora María Isabel Hylton Scott de Birabén, doctor Pablo F. C. Groeber, profesor Enrique Palavecino; *Representantes de los estudiantes:* señores Pedro García Vizcarra y Tomás Suero.

X. - Instituto del Observatorio astronómico:

Director: ingeniero Félix Aguilar.

XI. - Escuela de bellas artes:

Interventor: doctor Juan E. Cassani.

XII. - Biblioteca central de la Universidad:

Director: señor Alberto Palcos.

XIII. - Colegio nacional:

Rector: Carlos J. B. Teobaldo.

XIV. - Colegio secundario de señoritas:

Directora: doctora Juana Cortelezzi.

XV. - Instituto fitotécnico de Santa Catalina:

Director del Instituto: ingeniero Santiago Boaglio.

XVI. - Escuela agrícola ganadera de 25 de Mayo "María Cruz y Manuel L. Inchausti":

Director: ingeniero agrónomo Julio Salice Irigoyen.

XVII. - Escuela graduada "Joaquín V. González":

Director: profesor Vicente Rascio.

XVIII. - Estación radiotelefónica de la Universidad:

Comisión. - Presidente: doctor Alfredo D. Calcagno; *Asesores:* señores Tobías Bonessatti y Tomás Pera

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

Publicaciones Oficiales

SECCION II

DISCURSOS - CONFERENCIAS - TRABAJOS CIENTIFICOS Y LITERARIOS

(Entrega Segunda)

Tomo XXI

Año 1937

Núm. 6

ACTO DE ENTREGA DE LOS DIPLOMAS A LOS PROFESORES INCORPORADOS A LA UNIVERSIDAD ¹

1. **Discurso del miembro del Consejo superior de la Universidad, doctor Juan Carlos Rébora.**

A las energías, a las aptitudes y a las aspiraciones que sostienen la vida de la Universidad de La Plata van a sumarse hoy las aspiraciones, las aptitudes y las energías que traen consigo quienes se incorporan al personal docente de sus diversos Institutos. El hecho es augural, en cuanto exterioriza gravitación, en cuanto importa crecimiento, en cuanto induce continuidad, en cuanto afirma proyección y en cuanto afianza solidaridad. Su vasta trascendencia justifica, pues, que el Consejo superior haya querido realzarlo por medio de este acto público, ocasión de reflexiones que interpretadas como solemne ratificación de propósitos equivalen la significación de un juramento ritual. Y aprecio como un gran honor el de haber sido designado para traer a la solemnidad la voz del alto Cuerpo y usar de la palabra en nombre de su digno Presidente.

¹ Se realizó el 19 de agosto de 1937, en el salón de actos del Colegio nacional, desarrollándose el siguiente programa:

1º — *Discurso* del miembro del Consejo superior de la Universidad, profesor doctor JUAN CARLOS RÉBORA.

2º — *Trío del Archiduque*, (Beethoven).

Integran el trío los egresados de la Escuela superior de bellas artes, profesores DORA BONESATTI DE HARISPE (piano), EMILIA BONESATTI DE DE CANO (violín), y FEDERICO LÓPEZ RUF (violoncelo).

3º — Entrega de los diplomas.

4º — *Discurso* del doctor OSVALDO LOUDET, en nombre de los profesores recientemente incorporados al personal docente de la Universidad.

Y bien. En este primer acto público en que se entregan diplomas a profesores recientemente nombrados y en que la Universidad celebra la adquisición que realiza a causa del concurso que obtiene, tócame — con el honor, la responsabilidad — considerar puntos de vista que de hoy en más serán comunes. La familia universitaria se aumenta y es el momento de comunicar preocupaciones de familia. Con la libertad que me otorgan las costumbres de la corporación, donde la autonomía de la cátedra es un hecho real y donde el respeto por las opiniones individuales siempre fué guardado, hago alto en una que, por cierto, es principal y que por ligarse a circunstancias generales cuya remoción quisiéramos obtener, merece y debe ser expuesta públicamente. Me refiero a la relación del profesor con el instituto, a la del instituto con la sociedad y a la de la sociedad con el profesor. En la vida, lo uno va con lo otro, y así, lo uno con lo otro irá en lo que voy a decir; pero como la primera de esas relaciones admite una sumaria evocación histórica en cuyos términos, precisamente, se encuentra la explicación de

La nómina de profesores a quienes se entregó diploma, es la siguiente:

<i>Facultad de agronomía</i>	SUPLENTES
TITULAR	Doctor Ismael O. Delprato
Ing. Agr. César Ferri	„ Luis Irigoyen
	„ Manuel E. Isolabella
<i>Facultad de ciencias físicomatemáticas</i>	<i>Facultad de ciencias médicas</i>
TITULARES	TITULARES
Ing. Eugenio Antonio Alcaráz	Doctor José Belbey
„ Ignacio Eguiguren	„ Federico Christmann
<i>Facultad de humanidades y ciencias de la educación</i>	„ Pilades O. Dezeo
SUPLENTE	„ Osvaldo Loudet
Doctor Antonino Salvadores	„ Victorio Monteverde
	„ Osvaldo Prestini
<i>Facultad de química y farmacia</i>	„ Nicolás Romano
TITULAR	„ Rodolfo Rossi
Doctor José D. Méndez	SUPLENTE
	Doctor Rómulo Lambre
SUPLENTES	<i>Instituto del museo</i>
Doctor Pedro J. Carriquiriborde	SUPLENTE
„ Humberto Giovambattista	Doctor Angel L. Cabrera
„ Danilo Vucetich	
<i>Facultad de medicina veterinaria</i>	<i>Instituto del observatorio astronómico</i>
TITULAR	EXTRAORDINARIO
Doctor Pablo Negroni	Ing. Esteban Terradas

ciertas características actuales, he de tomarla como punto de partida. Es cosa de método y, como tal, achaque de profesor.

La función del profesor no ha logrado especificarse en un grado que corresponda a los progresos alcanzados por nuestra sociedad; y esto —decía— viene de lejos.

La organización nacional, que no fué obtenida sino después de un largo desangrarse en guerras intestinas y que todavía se vió estorbada por una guerra internacional, entrañaba un llamamiento a todos los hombres hábiles, quienes quiera que fuesen y donde quiera que se encontrasen. El grupo que la emprendía era relativamente exiguo y apenas podía abastecer las posiciones de compromiso inmediato, desde las cuales había de partir el impulso que la llevaría a todos los rincones del territorio y a todas las capas de la sociedad, ya que nada perdurable habría podido fundarse sin actuar primero sobre las costumbres y sin proveer de medios a la educación. Raleadas las filas en que otrora se habían alineado los más capaces, el concurso debía ser prestado por quien pudiera y en la medida que pudiese. Vecinos circunspectos, pasantes emprendedores, clérigos perspicuos, oficiales licenciados, periodistas distinguidos —provistos o no, según el caso, del sencillo y familiar diploma provinciano que tras breves formalidades un tribunal *ad hoc* habría expedido— eran llamados a colaborar en diversas funciones, administrativas o auxiliares. Las de la universidad, como todas las otras, fueron establecidas, restablecidas o ampliadas con criterio que correspondía a esas circunstancias, las cuales, por otra parte, propiciaban más que admitían el reclutamiento fuera del país de personal especializado y eficiente. Y en tales condiciones se hizo frente a la empresa de sembrar esperanzas, de suscitar impulsos, de coordinar acciones, de difundir ideales, de apaciguar, de crear, en que la Universidad tuvo, como tiene siempre, un deber relevante y una función específica.

Pero el deber y la función estaban, también, en muchas otras partes y especialmente en posiciones que llamaban a la acción. Los hombres que revelaban aptitud maestra eran atraídos inmediatamente a las tareas de gobierno, y si el llamamiento los encontraba en las de la cátedra, que no podía quedar abandonada, debían desempeñar unas y otras. Recíprocamente, funcionarios y representantes fueron, a su vez, profesores, y quedó la costumbre, que ha dado, entre otras cosas, una particular fisonomía a la doctrina de las incompatibilidades. Sin hacer alto en posibles desviaciones ulteriores, cuales serían, por ejemplo, las que hubiesen llevado a concebir la cátedra como un medio de lucir entorchados cuyo brillo pudiera derivar al campo de la política o la política como una actividad que despejase el camino hacia la cátedra, parece natural que la silueta del profesor no haya podido librarse de líneas

aberrantes y que aun en nuestra actualidad no haya sido resuelto el problema de situarla donde corresponde y como conviene.

Hecho de innegable trascendencia, señores, en una sociedad como la nuestra, que se dice democrática y que sin duda quiere serlo. A menos que se admita que la turbulencia puede ser una cualidad de la democracia y no —como entiendo con la más profunda sinceridad y mantengo con la caución de todo lo que llevo vivido y observado— una anomalía que requiere tratamiento y tratamiento especial, a base de educación, la democracia supone necesariamente orden y el orden, siempre, jerarquía. Hay, es verdad, aquí como allí, hombres levantiscos, y puede haber, allá como acullá, grupos impresionables, muchedumbres arrolladoras, estados generales de agitación y de ardor; pero nada de eso puede ser presentado como la manifestación de una constante democrática. La explosión del temperamento, el alarido del instinto y el recurso a la subversión no tienen otra expresión permanente que la de la *montonera*, y en la *montonera*, por último, donde no ha de buscarse desde luego la justicia que es esencial a la democracia y mucho menos el mejoramiento que se confunde con su ideal, se abrevia la jerarquía pero no se la niega: se la abrevia en el acatamiento que se presta a un jefe, eso sí, duro y arbitrario; más que duro, cruel; más que arbitrario, brutal; más que jefe, cómitre. Afirmar que nuestra democracia es turbulenta y, más aún, presentar como argumento favorable a la subsistencia de la democracia argentinas turbulencias que la descompusieron en el pasado, sería definirla por las desgracias que la han ensombrecido y abjurar del deber de mejorarla. La democracia, entre tanto, la nuestra como todas las democracias, está condicionada por una disposición general a favorecer el desenvolvimiento de las aptitudes individuales y a fomentar, pues, la manifestación de capacidades latentes. Que éstas cuenten, para revelarse, con los estímulos que puedan derivar de la acumulación de medios; que sean amparadas, en su desarrollo, por los resguardos que la sociedad logre crear para protegerlas; que se beneficien con el sostén que pueda depararles un ambiente propicio y que lleguen, así sostenidas y protegidas, a exhibir el coeficiente que corresponda a potenciales intrínsecos y a perfeccionamientos extrínsecos, es, por consiguiente, condición normal de la democracia. Pero allí mismo está el orden y en consecuencia la jerarquía.

En la época de contradicciones que nos ha tocado vivir, no ha de extrañarnos que estas verdades padezcan del asalto que se lleva a todas las que se tienen por tales, ni tampoco que voces cuya admitida autoridad y cuyo apremiante prestigio podrían sobrecogernos sostengan, como verdades, afirmaciones antitéticas. Tanto peor si voces como esas hubieran habituado a sus difundidos acentos las antenas de la simpatía y de la popularidad; tanto peor, si en oposición a las mismas no se

hiciera oír alguna —fuerte o débil— que reivindicara la tesis. No podemos admitir que nos hallemos fatalmente regidos por fuerzas iniciales e indiferenciadas, a la zaga de las cuales la sociedad que constituimos, falta de jerarquías, sería algo así como ciertos individuos de especies inferiores, que divididos en dos o más partes pueden dar otros tantos individuos, en condiciones de subsistir. Concepciones como esa sólo podrían corresponder a una noción harto simplista de la igualdad. Concepciones como esa, a una noción aún más simplista de la libertad. Entre tanto, la manifestación de las mismas no tendría siquiera la calidad de un hecho nuevo, ni el haber asistido a su aparición sería un privilegio. Un prohombre latinoamericano que pensaba alto, sentía hondo y hablaba claro, y era, pues, poeta —un gran poeta— ha estigmatizado la generalidad de la afección en este inmortal cuarteto, dolorosa y profundamente inspirado en las desgracias que afligían al continente descubierto por Colón: «Bebiendo la esparcida sangre francesa —con nuestra boca indígena, semiespañola— día a día cantamos la Marsellesa— para acabar danzando la Carmañola». La idea de que una nación pudiera ser estructurada por democracias turbulentas llevaría precisamente a eso: a la Carmañola. O quizá mejor a «La Refalosa», Carmañola con carta de naturalización. Por ese camino se llega a creer, por ejemplo, que la regeneración de las sociedades puede obtenerse por vía de supresión de la industria de los cuellos.

Os hablo, no lo olvido, de cosas que sabéis. Os hablo de cosas de familia. Las habéis observado como yo; las habéis razonado mejor que yo; las sentís tan hondamente como yo. Pero nos hemos reunido para eso; y tengo el deber de proseguir. No hay sociedades indiferenciadas, ya; democracias indiferenciadas, no las hubo nunca. En éstas, como en aquéllas, hay quien merece y quien otorga; quien ampara y quien se beneficia; quien sostiene y quien gravita; quien entrega y quien recibe; quien descarga y quien acumula; quien actúa y quien tolera; quien dirige y quien acata. No es lo mismo ser padre que ser hijo, aún cuando el hijo, a su vez, pueda ser padre. No es lo mismo ser artista que ser modelo, aún cuando el modelo pueda también llegar a ser artista y aun cuando lo sea ya. No es lo mismo ser alumno que ser maestro, ni ser maestro es lo mismo que ser rector. Y por todo esto y por una razón cada vez más clara, haber encauzado las actividades que se es capaz de desplegar y haberlas ceñido, probablemente con mucha vocación, a las tareas de la enseñanza, no es lo mismo que haberles abierto otro cauce, o que no haberles dado ninguno, o que haberlas hecho circular por vías paralelas, a partir de las cuales la presencia del tratado, la vecindad del alambique o el empleo del antejo pudieran ofrecer alguna impresión de semejanza. No se confunda, pues, la cuestión de la espontaneidad, que es, sin duda, de democracia y está en la ini-

ciación, con la de jerarquía, que es también de democracia y está en el resultado, ni se olvide —no lo olviden especialmente quienes abominen de estados artificiales y aún menos que ellos quienes amen la democracia como yo declaro amarla— que tal afirmación de resultados trasciende a sinceridad y revierte en espíritu democrático. Retener esta verdad es, por otra parte, situarse en la doctrina de la constitución que enseñamos y que, por el hecho de enseñarla, sostenemos. Cuando la constitución al establecer la admisibilidad de todos los ciudadanos a las funciones públicas, impone como condición la de idoneidad, afirma las jerarquías de la democracia. Y cuando declara que el pueblo no delibera ni gobierna sino por medio de sus representantes, entiende haber acabado con la regla de las turbulencias. Principios, éstos, que si la dialéctica callejera puede revolver, para el hombre de la Universidad son indiscutibles e irrenunciables: no se comprendería, cómo, sin profesarlos, pudiera aspirarse a la cátedra y, menos, cuál sería la relación que se estableciera entre alumno y profesor.

He de decir, pues, con verdad, que lo que se os otorga en este acto, señores profesores —ciertamente que por haberlo merecido, ciertamente que por reconoceros capacitados— es desde luego una jerarquía, y aún debo añadir que una elevada jerarquía. Sería ingenuo señalarla como la más alta, pero habría abandono en olvidar que no las hay mayores. Ni siquiera en las que corresponden a relaciones típicamente esenciales de orden y de defensa. Conjunto de fuerzas que se componen y recomponen sin cesar, que sin cesar se combinan y disgregan, que aumentan o disminuyen y, en todo caso, tienden a variar, la sociedad ha de renovarse con los hombres que vienen, ha de sostenerse con los que se capacitan, ha de continuar bajo la dirección de nuevos jefes, émulos y descendientes de los que ahora lo sean, su movimiento hacia destinos que serán ilustres, que nos proponemos asegurar como ilustres, que haremos ilustres. La dirección, el orden y la defensa se organizan en la retaguardia, como se dice ahora. Respecto de una actualidad cualquiera están, sí, en el frente, corrijo arrastrado por la imagen. Pero respecto del porvenir, que es lo que nos empeñamos en forjar, estará principalmente en vuestras manos. Por vosotros, que váis a orientar, será la dirección; por vosotros, que váis a capacitar, será el orden; por vosotros, que váis a fortalecer, será la defensa. La confianza que sepáis infundir dará el entusiasmo; la tenacidad que sepáis transmitir dará el temple; la abnegación que lleguéis a comunicar dará el héroe, que no es especie exclusiva de los campos de batalla. Crear, realizar, galvanizar en lo inmediato; prever, adivinar, penetrar en lo futuro; acercar, anticipar, modelar, pulir y, en definitiva, ordenar y dirigir. ¿Hay, acaso, una función más noble? ¿Puede haberla más trascendental?

Y duele que precisamente en esto, es decir, en relación con una función que no cede en importancia a otra alguna y con una jerarquía que desde cualquier punto de vista sería principal, no haya podido llegarse a una organización adecuada. Han pasado, felizmente, los tiempos en que la docencia pudo tener la fisonomía de una actividad intercurrente y en que los docentes, ambidiestros casi siempre, promiscuaban aquí y allá. Y aparte de que vivir es especificarse y de que la especificación supone líneas divisorias y cuando menos zonas intermedias de obstrucción cada vez menos favorables a la osmosis, media, ya, la augural circunstancia de existir entre nosotros un crecido número de hombres exclusivamente consagrados a la enseñanza y otro, muy notable, de hombres exclusivamente consagrados a la especulación científica y a la investigación científica. Se advierte ahora, más que antes, la ausencia de una organización universitaria que convenga a tales disposiciones, cada vez menos osmóticas; de una organización, quiero decir, que adelantándose a la promesa que día a día le traen hombres como los que hoy se incorporan a sus filas la canjee con el ofrecimiento de perspectivas que correspondan a la colaboración que obtiene, a la jerarquía que en este acto reconoce y a la relación, en fin, que quiere y debe afianzar.

La ausencia que señalo, señores profesores, no ha de desalentaros. Reconocimiento como el que se os otorga fué prestado antes a los profesores que os reciben: al muy modesto que os habla como a sus numerosos compañeros, muchos de ellos, por más de una razón, ilustres. Aunque las circunstancias en que se honraron con obtenerlo no hayan sido, al respecto, mejores que las actuales, la devoción con que se han aplicado a solventar la deuda que asumían se ha mantenido sin desmedro y, su acción, con eficacia. Así ocurrirá en lo que concierne a vosotros, que llegáis con el mismo impulso, y tal vez con mayores fuerzas. Haréis tanto como nosotros, y nosotros tanto como lo que hicimos. Con vuestro concurso podremos más y, por consiguiente, haremos más. Si todavía se lograra prolongar perspectivas que más exactamente aseguren la especificación y la continuidad de las actividades universitarias, mejor para éstas, y mejor para la Universidad.

Dejo aquí este asunto de las relaciones y de las jerarquías que he podido tratar libremente, entre otras razones, por una de la cual, he de confesarlo, me envanezco con alguna ingenuidad: la de no haber investido jerarquía que no sea la de profesor. En todo caso ella me absuelve de lo que pudiera haber de culpa en el intento de fortalecer una posición de que también participo. La obligada sencillez con que viví en esta hermosa capital —igualmente sencilla, entonces— años que fueron de adolescencia y llegaron a ser de madurez, me hacía columbrar como meta lejana y alentar como aspiración íntima y secreta la de plérgame, en la Universidad, al grupo que para mí era de estoicos cruzados

y penetrar a través de él hasta las primeras filas. Ya estoy en ellas, más que por mis merecimientos, por el simple motivo de haber sido fiel a mi ideal. Ya he llegado, paso a paso, centímetro a centímetro, hasta el senado en cuyo recinto se recortaron figuras de contornos consulares. Ya es severa realidad el sueño que cultivé en las tranquilas veladas de la ciudad platense. Convicción y perseverancia es todo lo que he empleado para colmarlo. Este examen de conciencia y esta declaración —que formulo a pesar de reconocer en otros camaradas un mejor derecho a exhibir como ejemplo el de sus propias vidas y que mucho se inspira, me complace en decirlo, en las afecciones y recuerdos que me ligan a esta sociedad— puede servir para anticiparos perspectivas a vosotros, los que llegáis. La Universidad de La Plata se brinda a vuestras actividades constructivas. Habituada, por obra de los que están, a todo lo que tenga ese carácter, la encontraréis preparada para aumentar su caudal con todo lo que represente una contribución sana. Su espíritu es amplio; su visión serena. *Pro scientia et Patria* su divisa, que desde ahora será también la vuestra. Poned manos a la obra. Ahí están los laboratorios, en que soís diestros; y las bibliotecas, que os son familiares; y los campos de experimentación, que os saben curtidos; y los sufrimientos del hombre, que os saben armados; y las imperfecciones sociales, que os saben advertidos; y los problemas de organización que os saben emprendedores; y los de la energía, que os saben tenaces; y los de la psicología, que os saben sutiles; y los del macrocosmos, que como si quisieran alentar vuestra esperanza, sonrían, con luz de estrella, a vuestros nobles afanes de superación. Ahí está, inquieto y nervioso a veces, sumiso y atento otras veces, con las características de la raza siempre; ahí está, digo, constante en su disposición de simpatía y de respeto hacia la sinceridad y devoción de los maestros, el destinatario inmediato del esfuerzo que desplegaréis: el alumno. Ahí está el conjunto, pues, y ahí las perspectivas. Quién como yo no se atrevería a preguntarse si por su parte ha hecho bastante para merecer la realización de su sueño, no trepida en vaticinaros que ha de ser realidad el vuestro. Seréis cónsules. Y todo sea para bien de la ciencia; y todo sea para bien de la patria.

En cuanto a nosotros, nobles compañeros de jornadas ya vividas, abramos ahora los brazos para entrecruzarlos con los que desde hoy quedarán encadenados a los nuestros. Abramos las filas, para que se incorporen a ellas quienes serán desde hoy nuestros compañeros y camaradas. Abramos las almas para que se inunden de simpatía y de amor, que es ley de los que trabajan y se apoyan. Hermanados con los que llegan emprenderemos juntos nueva jornada. En ella surgirán hechos, brotarán ideas y se guardarán tradiciones. Una hay, entre estas últimas, que ha sido fielmente mantenida: la de una solemne reunión anual de despedida a los que habían alcanzado grado universitario y se en-

contraban, pues, en trance de alejarse del hogar en que habían adiestrado su aptitud. Hoy nos hemos reunido en un acto diferente y en cierto modo opuesto: para celebrar ligazón y no para sancionar desprendimiento; para integrar los cuadros y no para autorizar dispersiones. Es día fasto, si los hay, y lo serán todos los que en lo sucesivo destinemos a celebrar análogo acaecimiento.

En nombre del Consejo superior que como tal lo señaló, en el de su Presidente, que promovió la ordenanza, y en el de todos los profesores de la Universidad, cuyos sentimientos puedo interpretar, hago votos por que la nueva solemnidad llegue, también, a constituir tradición universitaria, y porque las sugerencias que de ella se desprendan contribuyan a la eficiencia de la obra en que todos estamos empeñados.

2. Discurso del doctor Osvaldo Loudet, en nombre de los nuevos profesores de la Universidad.

Cábeme el honor de representar en este acto a los nuevos profesores de la Universidad. Honor altísimo e inmerecido, que sólo puede justificarlo mi respeto y mi amor por esta casa. Sus autoridades, al establecer la recepción oficial y pública de los nuevos docentes, han percibido una vez más el sentido profundo y el hermoso simbolismo de ciertas ceremonias. El culto de las formas no es superficial, ni vano, ni infecundo. La forma es el sello de las cosas, y según el filósofo, todo vive de ella: los hombres, los objetos, las ideas. . . Las instituciones que cultivan las ceremonias tradicionales o simbólicas, ensanchan su propio espíritu y penetran mejor en el alma colectiva. Tiene este acto el aspecto y el significado de otra colación de grados. Pero mientras en aquella primera —cuando nuestro doctorado— al irnos de la Universidad y enfrentarnos con la vida, lo hacíamos con ímpetu ardoroso y confianza ilimitada; ahora, al volver al hogar luminoso, lo hacemos con la serenidad y la medida que nos han dado largos años de experiencia y muchos otros de paciente estudio. Si aquella fué la colación de grados de nuestra juventud; ésta es la colación de grados de nuestra madurez. Si en aquel entonces nos fuimos un poco tristes por lo que dejábamos y muy alegres por lo que íbamos a conquistar; ahora regresamos con la tranquilidad de haber cumplido con nuestro deber y con la satisfacción de haber sido dignos hijos de la Universidad. Sin haber estado nunca ausentes, porque su espíritu fué nuestro espíritu y su luz fué nuestra luz, volvemos otra vez, y penetramos en las aulas, en los anfiteatros, en los laboratorios, con la más alta dignidad a que puede aspirar un universitario y con la más grave responsabilidad que puede asumir un hombre de estudio: ¡ser maestro de la juventud!

Hemos meditado sobre las palabras proféticas del Fundador, cuando vino a esta ciudad de La Plata, tan joven y bella, tan silenciosa y pensativa, a colocarle esta diadema de luces que fueron sus institutos universitarios. «Mi pensamiento vaga hace tiempo por esta ciudad —dijo

Joaquín González— como buscando un hogar presentido, y él es, acaso, éste que vamos a levantar para todos los espíritus que en la peregrinación de la vida sólo tienen reposo en los valles solitarios de la ciencia...» Hemos meditado estas palabras —repito— y al llegar por abruptas y empinadas sendas a estos «valles solitarios», hemos comprendido que el «reposo» de que hablaba el maestro, era el trabajo sin ruido, la meditación penetrante, la serenidad luminosa, de la cual era él, el símbolo supremo!. Sólo en estos valles callados y profundos, se puede escuchar el suave aleteo del espíritu en su viaje incesante hacia la luz. Es desde el fondo de ellos, donde se puede mirar la inmensidad del firmamento, sin otra inquietud y sin otra esperanza, que descubrir la encendida llama de una nueva verdad, en el astro que nace. Es en esta atmósfera serena y transparente —serena por la paz y transparente por la sabiduría— donde los hombres mejor se comprenden, donde más se respetan y toleran, donde más se sienten hermanados, donde más y mejor estudian y trabajan.

El profesor universitario ha de pensar continuamente que su vida intelectual, por ser vida activa de la inteligencia, exige una perpetua renovación, un continuo crecer, una perenne curiosidad, para huír de la rutina, la cristalización, la inmovilidad y la muerte. No es, entonces, cuestión de preguntarse cuál es tarea más ardua y difícil: si la de llegar a la cátedra o la de permanecer en ella. Si afanoso ha sido llegar, cuando se llega por el recto camino del estudio; si justa es la emoción de la victoria, cuando se obtiene por medios lícitos y méritos auténticos; si la angustia de la lucha parece terminar con la satisfacción de la conquista; la posesión de la cátedra es el principio de otra tarea más dura y tenaz, de otra lucha más intensa y sin tregua, de otros deberes más imperativos, de otras responsabilidades más grandes y trascendentes. Si mientras fuimos escultores de nosotros mismos, no importaron los errores de la perspectiva, las vacilaciones de la inexperiencia, las pausas dolorosas de la incertidumbre; ahora, cuando vamos a ser escultores de otras almas, cuando vamos a formar discípulos que deben ser mejores que nosotros, no pueden existir, ni esos errores, ni esas vacilaciones, ni esas pausas dolorosas, y sí, sólo, la férvida inquietud de que la obra puesta en nuestras manos, no sea tan hermosa, tan duradera, tan sólida y tan perfecta como siempre la habíamos soñado.

La vocación por la enseñanza es una virtud que no se encuentra en los libros de pedagogía. Los maestros de verdad nacen con el mágico designio. Enseñar es la forma más pura de amar a los hombres y no todos pueden ni saben encender la lámpara divina, y graduar y enfocar su luz, sin que ofusque, hiera o dé sombras y elevarla luego a la altura de su corazón, para que irradie más calor y más vida sobre las almas oscuras y sedientas. La única ley que gobernó la vida de Pestalozzi fué la ley del amor espiritual. Amor dadivoso, todo esperanza y sacrificio.

Nunca he encontrado una respuesta más admirable a la pregunta de quién debe ser maestro, que esta de KERSCHENSTEINER, el ilustre pedagogo germánico: «solamente aquel que siente constantemente la felicidad de operar en la formación espiritual e intelectual de los demás; que hace vivir en sí, la fe imperturbable en el poder supremo de los valores ilimitados del género humano; que ha llegado a experimentar en sí, que mientras enseña a un ejército de almas juveniles, evoca en su lección una vida espiritual común, y que, finalmente, lleva dentro de sí una juventud tan pura, que todo el peso de los años y toda la madurez de su existencia no llegan a obstruir su ardoroso manantial».

La misión fundamental de todo maestro es despertar los valores espirituales que existen en latencia en sus discípulos. La obra más eminente y generosa no puede ser la simple trasmisión de conocimientos, porque en muchos casos basta y sobra un libro orgánico y bien escrito. La tarea esencial es la formación de personalidades, es decir, la fecundación de las inteligencias y la vigilancia activa de su desarrollo. Y esa función no puede cumplirse con el simple acto pedagógico de transmitir conocimientos; es necesaria la compenetración de los espíritus, mediante la simpatía humana, la vibración emocional, el amor desinteresado y sin medida, que todo lo crea y eleva y purifica. La existencia de un maestro entre sus alumnos debe ser una corriente viva que nutre, fertiliza y embellece. Por eso, no debe limitarse a edificar únicamente el profesional. Debe formar el hombre, desarrollando los valores sociales y altruistas, representados por la solidaridad, la simpatía, la generosidad, la piedad humanas. Estos elementos constituyen la substancia del eros pedagógico. «Las universidades —decía González— no son solamente institutos de altas especulaciones ideales, ni sitios consagrados de conservación y progreso de las ciencias y las artes: son, en primer término, focos de luz y de calor, donde germina y toman formas prolíficas, los sentimientos de solidaridad social en que se funda el único patriotismo verdadero, aquel que no se diluye en palabras ni se pierde en movimientos o agitaciones estériles, sino que consiste en esa virtud de generar grandes inspiraciones del bien en cada ciudadano y en la colectividad».

No es posible —señores— concebir hoy un profesor universitario que aparte del dominio de su materia y del área de sus investigaciones, no sea al mismo tiempo un hombre «culto» en el sentido amplio y profundo que dicho término involucra, esto es, poseer la visión panorámica de los problemas vitales de su generación y de su tiempo.

El sabio especializado y el técnico habilísimo que no se nutren más que de los principios de su ciencia o de los conocimientos de su arte, viven como míseros salvajes, aislados y absorbidos en las bellezas de sus islas. Hay que arrancarlos de esas islas solitarias y hacerlos viajar por

todo el archipiélago de la ciencia y de la filosofía, para que no se conviertan en ese nuevo bárbaro de que hablaba Ortega y Gasset, constituido principalmente por el profesional contemporáneo, más sabio que nunca, pero más inculto también. Por eso, el genial fundador de esta casa, estableció la correlación de estudios entre las distintas escuelas. Creó, así, un admirable sistema de anastomosis que, al impedir los aislamientos estériles, favoreció la integración y la armonía de los conocimientos, y por ende, el florecimiento de la verdadera cultura.

Un profesor universitario debe dejar obra escrita, que atestigüe que su paso por la cátedra no ha sido rutinario y ligero, sino original y fecundo. Pero debe, sobre todo y más que todo, dejar discípulos — obras vivas— que continúen, acrecienten y sobrepasen su labor en la ciencia y su acción en la vida. Los maestros que no forman discípulos, por incapacidad o por egoísmo, viven entristecidos y abandonados como los padres que no han querido descendencia. En cambio, qué emoción más placentera, en la tarde de la vida, rodeado del coro de sus discípulos, poder repetir el brindis de GORGIAS: «¡Por quien me venza con honor en vosotros!» Es decir, por el nuevo maestro que ha de sucedernos, por la nueva luz que ha de encenderse, por la nueva esperanza que ha de levantarse, por la nueva conquista que ha de cumplirse.

No tenemos el derecho de adueñarnos de ciertas vidas sino para liberarlas. No hagamos prisioneros de nuestras ideas, de nuestras doctrinas, de nuestros sistemas, a los que el destino ha puesto transitoriamente en nuestras manos, para guiarlos, nutrirlos y liberarlos. Ayudemos a desplegar sus alas a espíritus inquietos y capaces, y como a pájaros en el borde de los nidos, dejémosle libres y gozosos, del aire, del vuelo y de la luz.

Despertemos en nuestros discípulos el amor a la verdad por la verdad misma; el amor a la justicia porque dignifica al hombre; el amor al estudio porque ilumina el espíritu; el amor al trabajo porque fecunda la existencia; y este despertar hemos de cumplirlo, no con fórmulas muertas y heladas teorías, sino con el ejemplo de una vida noblemente vivida.

En la vida del profesor universitario hay un cuarto menguante que constituye su tragedia. Cuando muchos años han pasado, cuando muchas semillas han sido sembradas y muchas cosechas recogidas, la fatiga es una sombra fatídica, y el entusiasmo se apaga, las energías declinan, el poder creador disminuye, y el automatismo se instala. No es posible, entonces, dar a los estudiantes el espectáculo desolador de ciertos crepúsculos mentales. Hay que pensar que las cátedras deben irradiar siempre luz intensa, aunque la de nuestros espíritus palidezca; deben ascender en prestigio, aunque nosotros declinemos; deben rejuvenecerse siempre, aunque nosotros envejezcamos. De ahí la sabiduría del consejo

napoleónico, que debe aplicarse a todos los combatientes: una retirada a tiempo es un gran triunfo.

Porque una cosa es vivir y otra cosa atravesar la vida, como decía SÉNECA. Es por las obras y no por el tiempo, es por la profundidad y no por la extensión, que la vida vale. Vivir es una cosa diferente de existir. No olvidemos que vivir sin pensar, sin comprender, sin accionar, es simplemente existir como los árboles...

Algunas veces la longevidad intelectual es paralela y aún supera la longevidad somática. Yo he sido discípulo de grandes cumbres nevadas: de GÜEMES, de CENTENO y de LAGLEYZE, en la Facultad de Medicina, y de ALEJANDRO KORN y LAFONE QUEVEDO en la Facultad de Filosofía y letras. Sus claras y sabrosas lecciones me hacían recordar el símil de CICERÓN: con los hombres sucede como con los vinos; no todos se vuelven ácidos porque envejecen. Algunos adquieren un sabor más dulce y agradable.

SEÑOR PRESIDENTE:

Hemos de ser en la Universidad hombres activos que es muy distinto de ser hombres agitados. Hemos de subordinar nuestra voluntad, nuestros sentimientos y nuestras ideas, a la conquista de un alto ideal en la enseñanza y en la cultura. Y ese ideal no lo vamos a colocar al alcance de la mano, porque sería fácil y pequeño. El estará muy lejos de la conquista inmediata, en una altura casi inaccesible. No olvidemos que el esfuerzo de alcanzarlo, la angustia de perderlo, la esperanza de vivirlo, la ilusión de poseerlo, todo este dramatismo del espíritu que busca la verdad y la belleza, la justicia y el amor, es lo que eleva y ensancha y engrandece la vida del hombre sobre la tierra. Aunque sepamos que la estrella lejana no será nunca nuestra, no importa; ella nos obliga a levantar los ojos, a mirar el cielo, a seguirla por caminos insospechados, y nos llena el alma de una luz serena.

SEÑOR PRESIDENTE:

Los nuevos profesores de la Universidad de La Plata, ungidos en su noble magisterio, después de cumplir con las pruebas estatutarias, formulan por mi intermedio un sagrado voto, que si no está escrito en los cánones de la Universidad, surge espontáneamente desde lo más íntimo de sus espíritus: enseñaremos con el amor de los maestros; trabajaremos unidos como hermanos; honraremos su nombre como hijos; y si así no lo hiciéramos, que la Universidad y sus estudiantes nos lo demanden!

FACULTAD DE CIENCIAS MEDICAS

3. Conferencia inaugural de la cátedra de Clínica psiquiátrica, pronunciada por el profesor titular de la misma, doctor Osvaldo Loudet.

Una sana tradición universitaria impone al nuevo catedrático la tarea que voy a cumplir de inmediato, y que hubiese solícito buscado, aun ausente de las costumbres de esta casa. Es justo recordar a los hombres que enseñaron antes que nosotros, ya sea con la ciencia de sus lecciones o con la sabiduría de sus vidas. Pero el recuerdo se hace más vívido y auspicioso si lo evocamos al iniciar el camino que ellos antes trazaron y recorrieron y que nosotros tenemos el deber de prolongar. Esa tradición exige igualmente que el nuevo profesor exponga el programa de su materia, el área actual de su dominio, los métodos de su enseñanza, los problemas resueltos y las incógnitas por descifrar, y por último, los claros horizontes que vislumbra en el porvenir.

Pero, antes de entrar en los dos temas centrales de mi disertación, permitidme que exprese mi reconocimiento a los miembros del jurado, que estudiaron con serena imparcialidad los títulos y las pruebas de los concursantes; a los miembros del Consejo académico, que unánimemente votaron mi nombre para el primer término de la terna; al Consejo superior de la Universidad, que la consagró en la misma forma; a los señores Profesores, que me consideraron su colega desde el primer momento; y a los jóvenes estudiantes, que concurrieron a mis clases de profesor libre, con asiduidad, interés y simpatía.

Deseo igualmente expresar los sentimientos de mi leal amistad al doctor ARTURO AMEGHINO, el talentoso profesor de Psiquiatría en Buenos Aires, que dictó provisionalmente la materia mientras se cumplían los requisitos del concurso, y al cual tuve el honor de acompañar en la iniciación de la enseñanza; al señor Decano profesor doctor HÉCTOR DASSO, que con clara inteligencia y ejemplar ecuanimidad dirige los destinos de esta casa; y al doctor JORGE HIRSCH, Director del Hospital

Melchor Romero, a quien debe la cátedra su servicio clínico con varios instrumentos e instalaciones.

Señores: Esta cátedra no tiene historia. El destino ha querido que yo fuese su primer profesor titular. Soy, pues, el tronco de un árbol recién plantado y mis discípulos serán en el futuro las ramas florecidas. Pero no quiero entrar en ella sin colocar en el pórtico inicial las efigies de dos médicos alienistas, uno de los cuales fué el fundador de las casas para dementes en el país, y el otro, su digno discípulo en la obra de asistencia social del alienado. Esas efigies pertenecen a VENTURA BOSCH y a OSVALDO EGUÍA, y las presento y elevo ante vosotros como magníficos ejemplos de ciencia y de filantropía.

No fueron ellos profesores de la Universidad, ni necesitaban serlo. Fueron maestros sin cátedra, como tantos otros. Fueron sobre todo y más que todo médicos filántropos. Enseñaron con sus obras y con el modelo de sus vidas. Por eso, la existencia de ambos tiene un interés histórico y un interés moral. Histórico, porque nos ilustra de cómo se inicia la asistencia psiquiátrica en nuestro país; y moral, porque nos muestra todo lo que puede y todo lo que crea el cumplimiento del deber llevado al sacrificio y a la abnegación. Las vidas de estos dos médicos ilustres son dos vidas paralelas. Paralelas por la índole de sus actividades, dirigidas hacia un mismo fin; paralelas por la rectitud de sus conductas, sin oscilaciones ni caídas; paralelas por la similitud de los esfuerzos, de los ideales y de los altruísmos fructificados. Ambos tenían la grandeza de alma que señala Cicerón con estos dos caracteres; primero, el desprecio de los bienes externos, cuando llega el hombre a estar persuadido de que nada debe admirar, apetecer ni buscar sino lo que es honesto y honroso, y que es indigno de su carácter rendirse ni a otro hombre, ni a la fortuna, ni a perturbación alguna del ánimo; segundo, porque emprende siempre cosas grandes, pero muy útiles y empeñadas, llenas de trabajos y dificultades, y pasando por todos los peligros de la vida y de cuanto a ella pertenece.

VENTURA BOSCH fundó el primer establecimiento de alienadas que hubo en el país. En 1852, al caer la tiranía, muchas instituciones volvieron a renacer de sus ruinas con la misma organización y caracteres que les había dado Rivadavia en 1823. La Sociedad de Beneficencia reabrió el Hospital de Mujeres y, por indicación de TOMASA VÉLEZ SÁRSFIELD, llamó la atención del gobierno sobre las dementes alojadas en la cárcel, y las que vagaban por los cercos de las quintas de la ciudad. El gobierno dió intervención a la Comisión Filantrópica, y su presidente el doctor BOSCH aconsejó que se estableciera un Hospicio de Mujeres en las afueras de la ciudad, en el lugar de la antigua Convalecencia. La antigua Convalecencia estaba situada en el Alto de San Pedro, que venía a corresponder al lugar que hoy ocupan el Hospital

de Alienadas y el Hospicio de las Mercedes. Se había llamado primitivamente «Residencia de Belén», cuando la ocuparon los padres jesuitas por donación efectuada en 1734, del vecino Ignacio Zeballos. El terreno era muy alto, barrancoso y desamparado. Estaba en las afueras de la gran aldea, muy lejos del lugar donde morían las calles del suburbio. En aquel lugar solitario habilitó BOSCH una parte del local de la Convalecencia, y en marzo de 1854 fueron trasladadas todas las dementes que existían en el Hospital de Mujeres. En un año transformó completamente el primitivo local y adoptó un régimen adecuado para la época.

En una crónica aparecida en 1855, se habla del edificio amplio y bien orientado; de los dormitorios espaciosos, ventilados y secos; de las camas de hierro cómodas y limpias; de la alimentación abundante e higiénica; de la enfermería, de los baños, de la ropería y de la sala de trabajo. VENTURA BOSCH fué el primero que estableció entre nosotros el trabajo como tratamiento de los enfermos mentales. Comprendía que la inercia, la inmovilidad, el ocio, contribuían también a la inmovilidad, a la inercia, al anquilosamiento de los espíritus, a provocar las demencias secundarias de los asilos, que con evidente perspicacia han señalado los psiquiatras ingleses.

Pero la obra de VENTURA BOSCH no terminó con el asilo de mujeres. En la parte norte de la Convalecencia habilitó en 1863 una casa para hombres dementes. Se llamó Hospicio de San Buenaventura hasta 1873, fecha en la que la Municipalidad acordó llamarlo «Hospicio de las Mercedes».

Este eminente galeno había sido hasta 1851 —fecha en que partió para Europa— el médico de confianza de Juan Manuel de Rosas. El tirano no se equivocó sobre la estatura moral del doctor BOSCH, que si como ciudadano era unitario, como médico era nada más que médico y veía sus enfermos como tal. Su casa de la calla Suipacha constituía en aquel entonces el punto de reunión de los médicos más conocidos de la época. Su biblioteca era famosa por lo nutrida y bien seleccionada. En un vasto salón de la mansión solariega se trataban temas médicos y aún filosóficos. En diálogos serenos o vivaces los interlocutores hacían esgrima espiritual con finura y elegancia. Algunas veces la pasión política lanzaba su estocada de fuego.

Os voy a contar una anécdota que vale más que un minucioso retrato moral.

Una tarde anunció el doctor BOSCH a sus tertulianos que un deber profesional le impedía continuar la amable charla. Don Juan Manuel le enviaba llamar urgentemente. Padecía de una estrechez uretral, y éi le practicaba los sondajes. . .

—*Lo hago con mucho cuidado* —dijo— *porque temo perforarle la vejiga.*

—*De manera*—exclamó con asombrada indignación uno de los interlocutores— *que usted tiene en sus manos la vida del tirano, la vida de este monstruo que inunda de sangre la ciudad entera! ¡Y usted, unitario como nosotros, permanece impasible!*

El doctor BOSCH lo miró también con asombro y contestó con serena firmeza: —*El Restaurador es para mí un enfermo. Yo soy su médico. ¡Cumplo con mi deber!*

Nadie pronunció una palabra. La lección era tan grande que merecía el respeto de aquel silencio. Y el doctor BOSCH se alejó, camino de la casa del Restaurador. Ese era el hombre y ese era el médico.

El doctor BOSCH demostró su abnegación y su heroísmo durante la epidemia de fiebre amarilla en 1871. Con olvido de su propia vida, para ocuparse de la vida de los demás, en aquellos trágicos días estuvo en todas partes. No era únicamente el médico el que concurría a toda hora y a pesar de sus años, a los llamados innúmeros de un tiempo de epidemia; era el hombre, henchido de altruísmo; era el padre, el hermano, el hijo, que sabía aliviar con el bálsamo de la simpatía, de la bondad y de la ternura, a las víctimas del terrible mal. Así murió en su puesto.

Su colega y amigo el doctor EGUÍA, que tanto le amaba y respetaba, escribió estas palabras en la «Revista médico-quirúrgica», donde siempre hallaremos páginas inolvidables de la historia de nuestra medicina: «El doctor BOSCH ha muerto al pie de su bandera, sin haber desertado un sólo día las filas donde el destino lo puso para el bien de la humanidad».

*

* *

Ahora, permitidme que evoque la figura del compañero de tareas y digno sucesor de VENTURA BOSCH. El doctor OSVALDO EGUÍA estuvo al lado del fundador del Hospital de la Convalecencia, desde el año de su fundación, es decir, desde 1854. En 1871, asumió la dirección, que desempeñó hasta 1890. Se jubila en ese año después de 36 años de servicio. Debo hacer notar que desde 1854 hasta 1860 sus servicios médicos fueron gratuitos y después recibió una remuneración que puede calificarse de mezquina.

Es que OSVALDO EGUÍA tenía un alma evangélica. Jamás se preocupó de sus intereses particulares. La única obsesión era el dolor y la tristeza de sus enfermos. A todos atendía con la asiduidad y el afecto de un hermano. No había hora del día o de la noche que fueran inoportunas o molestas para cumplir con su deber. Nadie golpeaba en vano la puerta de su casa, en el viejo barrio de Flores, donde se había refugiado en los últimos años de su plácida existencia. Todos sabían que llamaban también a las puertas de un gran corazón. Y ya viejo salía el Doctor

EGUÍA, aún en altas horas de la noche, afable y solícito, con andar pausado y firme. Era de mediana estatura, el cabello abundante y plateado, el bigote espeso y caído, la barba breve. Pero, debajo de la frente amplia y de sus selváticas cejas, aparecían dos grandes ojos de un negro profundo y de una pureza y una dulzura casi infantiles. En antiguos retratos he visto esos ojos inmensos de bondad; pero los he descubierto de veras, y los he comprendido y sentido, en los ojos vivaces de los nietos.

El temperamento de EGUÍA era apacible y dulce, y siempre tolerante y resignado, poseía la ingenuidad necesaria para ser un hombre infinitamente bueno.

En el Hospital de Alienadas lo fué todo: Director, médico de las diversas secciones, farmacéutico, ecónomo. Cuando no pernoctaba en el hospital, era el primero en llegar. Llegaba con la aurora. El era también la aurora para su enfermos. ¡Llegar al Alto de San Pedro en aquellos tiempos! Odisea fatigosa y no exenta de peligro. Cuentan las crónicas que antes de pisar la empinada y tortuosa cuesta de la antigua Convalecencia, había que cruzar por potreros con animales salvajes o bravíos, que daban malos ratos a los viajeros. Eran bestias escapadas de los vecinos mataderos. Y también abundaban los malvivientes con caras lombrosianas. Pero eso no le preocupaba al doctor EGUÍA. Muchas mañanas, desde lo alto de la antigua Convalecencia, sobre la línea azul del horizonte, apenas cortada por algunos ranchos de barro, se veía avanzar una pequeña e informe nube de tierra, que el sol naciente convertía en polvo de oro. Dentro de la nube —algo así como un poncho impalpable y volandero— venía un hombre montado en un caballo blanco. ¿Qué traía aquella nube que oscilaba de un lado para otro, siguiendo las vueltas del camino o las arremetidas de algún toro? Dentro de la nube venía el doctor EGUÍA.

No creáis que EGUÍA era nada más que un alienista filántropo, lo que basta y sobra para dar relieve a su figura de médico y de hombre. OSVALDO EGUÍA era un clínico sagaz. Poseía el arte clínico, es decir, el arte de descubrir la enfermedad, prever la evolución, las complicaciones y el desenlace, y aplicar el tratamiento con oportunidad e inteligencia. Los médicos de aquella época no eran médicos de expedientes. No podían tener —y tal vez no la necesitasen— una carpeta llena de protocolos, de análisis y de radiografías, para efectuar un diagnóstico. El único instrumento insustituible era la inteligencia perspicaz, servida por los cinco sentidos, y la experiencia de la vida clínica, la gran luz que ahuyentaba la sombra de la duda diagnóstica. Y aquí viene el hecho extraordinario que llenó la ciudad de doloroso asombro. El doctor EGUÍA diagnosticó los primeros casos de fiebre amarilla que aparecieron en el año 1871 en el barrio norte de la Capital.

En efecto, el señor Juan Antonio Seguí, comisario de policía de aque-

lia época, que tenía sus oficinas en la calle de Las Artes entre las de Paraguay y Charcas, recibió la denuncia de que en una casa de su sección existían dos enfermos en estado grave y sin asistencia médica. Llamó al médico de policía primero y a dos médicos de barrio después, pero ninguno de ellos pudo decirle de qué enfermedad padecían los denunciados. Llamó entonces al doctor EGUÍA, domiciliado en la calle de Las Artes 337 y éste, después de examinar detenidamente a los enfermos, dijo que se trataba de fiebre amarilla y que diera cuenta a su jefe, el doctor O'GORMAN. El diagnóstico fué confirmado plenamente con la aparición de muchos enfermos en el mismo distrito.

El doctor EGUÍA, en esa época médico director del Hospital de Alienadas, tuvo la suerte de que en dicho asilo no se produjera un solo caso de fiebre amarilla. Cerró en absoluto el asilo y nadie más que él penetró en su recinto.

El doctor EGUÍA tenía un alma apostólica. Por eso el doctor MANUEL T. PODESTÁ pudo escribir estas palabras cuando el Municipio concedió a sus descendientes un palmo de tierra para el eterno reposo de sus restos: «Fué una vida consagrada al bien y a la patria, con un desinterés y una abnegación en las que podría plasmarse el modelo del profesional antiguo y del ciudadano. Ha adquirido todos los títulos para merecer de la posteridad la consagración de su nombre».

Inteligente, culto, sencillo y bueno, murió pobre. Como el sabio griego que huía de su patria conquistada por el enemigo y a quien alguien le preguntó por qué no traía sus bienes, él pudo responder: «porque todos los bienes los llevo conmigo». Los grandes bienes morales de este hombre superior, fueron la honestidad, la modestia, la bondad, el altruismo, el amor sin límites por sus semejantes.

*

* *

Ahora, es diré lo que pienso de la naturaleza y de la enseñanza de la clínica psiquiátrica. Respecto de la primera, nadie ignora que es compleja y multiforme y su estudio exige la adquisición de conocimientos sólidos de patología médica y de psicología individual y colectiva. Es necesario cumplir dos etapas antes de abordar el estudio de la clínica psiquiátrica: la etapa del médico clínico y la etapa del psicólogo experimentado. El conocimiento exclusivo del territorio médico es insuficiente para abordar con éxito una clínica de tan alta jerarquía. Hay una luz que emerge de lo biológico y esa luz es el espíritu. El médico que no es psicólogo no será nunca psiquiatra. La exploración de un enfermo mental requiere, sobre todo, sutiles y finísimas técnicas de orden psicológico.

Hace tiempo se pronunciaron estas palabras, que traducen el desconcierto y el temor de los exploradores: «*la selva psiquiátrica*». Digamos nosotros que esta selva no es tan enmarañada ni tan oscura, si se penetra en ella provisto de los instrumentos y de la pericia necesarias. Tiene ella senderos abiertos y grandes espacios luminosos.

La enseñanza de la clínica psiquiátrica debe ser precedida de un curso breve de psicología normal. A éste debe seguirle otro de psicología patológica, es decir, de semiología psiquiátrica. Así como la fisiología es la antesala obligada de la semiología y ésta de la clínica, la psicología normal debe ser la antesala de la semiología y clínica mentales. ¿Cómo vamos a penetrar en el secreto de los mecanismos acelerados o lentos, exaltados o disminuídos, inconexos o desarticulados, de las funciones psíquicas patológicas, si no conocemos las conexiones, los vínculos, los sincronismos de las funciones psíquicas normales? Y también —para no caer en las peligros del psicologismo puro— cómo vamos a explicar el proceso de ciertos síndromes delirantes, confusionales o demenciales, si desconocemos las raíces orgánicas de esos procesos psicopatológicos? Los problemas de la psicología clínica son más difíciles y oscuros, porque es necesario descubrir, analizar y dosificar causas físicas y psíquicas. La idéntica naturaleza de las causas hace los problemas clínicos más sencillos; pero la heterogeneidad de esa naturaleza los hace muy complicados. Son factores de origen orgánico y psicológico —vinculados por lazos imprecisos, desconocidos o misteriosos— los que intervienen en la génesis de las psicosis. Nada se logra ni se descubre, sin un gran esfuerzo crítico, en esta confusa encrucijada de las causas.

En clínica psiquiátrica pocas veces hay que *pensar anatómicamente*, como lo enseñó CHARCOT cuando creaba el método anátomo-clínico; muchas veces hay que *pensar fisiológicamente*, como lo quería GRASSET en sus lecciones sobre el sistema nervioso; pero siempre hay que *pensar psicológicamente*, como lo demostraba el maestro DUPRÉ en sus admirables estudios de patología mental.

Creo que la enseñanza de la clínica psiquiátrica no debe concretarse a los casos ya cristalizados en las salas de los hospicios. Los enfermos crónicos presentan figuras clínicas estáticas. Más interesantes, útiles y prácticos son los casos del consultorio externo y de la sala de observación. Ellos presentan figuras clínicas dinámicas, esto es, formas que nacen, crecen y desaparecen en breve tiempo, o formas de evolución sub-agudas con matices y terminaciones variables y muchas veces inesperadas. Es la observación de esos casos dinámicos y proteiformes, la que tiene siempre alerta el espíritu del médico y aguza su curiosidad, alimenta su interés, perfecciona su técnica y enriquece su experiencia. Y son los sujetos de la zona gris —los semi-alienados— los que deben ser motivo de exámenes precoces y prolijos, para evitar con tiempo una evolución nefasta o en muchos casos el crimen o el suicidio.

En patología mental más que en cualquiera otra patología, la historia clínica tiene un valor insubstituible, porque la locura es una enfermedad de abolengo. Los antecedentes tienen un alcance igual o superior a la misma enfermedad actual, porque esos antecedentes permiten diagnosticar la constitución del terreno sobre el cual nace la enfermedad. La clasificación previa de los temperamentos psicopáticos —por el estudio minucioso de la personalidad del sujeto antes de la dolencia presente— nos va a iluminar sobre las modalidades clínicas de la enfermedad. Aun más, nos va a permitir pronosticar antes del advenimiento de la enfermedad, cuál será su molde, su contenido y su evolución. La ecuación clínica ha de presentar siempre estos dos factores: el factor constitucional, el terreno fértil, con los surcos abiertos por la herencia mórbida y el factor enfermedad, la semilla, que ha de brotar en aquellos surcos con mayor o menor vigor. El médico obsesionado con el «ente enfermedad» que descuida lamentablemente el «ente individuo», corre el riesgo de equivocarse en el diagnóstico y errará fatalmente en el pronóstico. Por eso tiene importancia la historia psicológica del sujeto, con sus edades climatéricas y sus traumatismos físicos y emocionales. El diagnóstico de la constitución psicopática nos permite constituirnos en augures del porvenir psíquico de un sujeto. Pero nos obliga a algo más: a impedir por la higiene preventiva la eclosión de una enfermedad futura. «La medicina moderna —decía MARAÑÓN en una de sus lecciones magistrales— tiende cada vez más, no sólo ya al conocimiento de los estados pre-clínicos, sino a la medida de las «posibilidades» de la enfermedad. Nada hay tan característico de nuestra medicina como este afán de recoger, en el propio manantial en que brota, el primer hilo de la enfermedad, antes que se convierta en el ancho río que captaba la clínica clásica». Y bien, el descubrimiento de ese pequeño hilo, oculto y silencioso, requiere una exploración minuciosa del terreno para evitar que se transforme en río sonoro y violento, imposible de contener. Frente a la enfermedad constituida y desarrollada, poco nos queda por hacer. No seamos, pues, los médicos del último acto del drama médico, cuando nuestra actitud puede resultar la de un simple espectador atribulado; seamos el médico eficaz del preámbulo, del acto inicial o del entreacto feliz, que nos permite actuar con eficiencia y ser dueños y señores de la situación. Nada más triste para un médico armado de todo el arsenal terapéutico, que ser el médico inútil de los «períodos finales».

El «estado actual» de un enfermo mental tiene un valor inferior a la historia pasada, porque dicho estado es un producto, una conclusión, y ese producto o esa conclusión no es posible explicarla y comprenderla si no se conocen sus orígenes lejanos o próximos y sus vinculaciones profundas con la evolución orgánica y psíquica del enfermo. Es necesario

recorrer toda la curva vital del sujeto, es decir, su pasado orgánico, psíquico y social. En esta forma, tendremos la visión panorámica de una vida psicológica —con sus raíces orgánicas y sus reacciones de conducta— y situados en un punto de esa curva, nos explicaremos el presente por el pasado y pronosticaremos el futuro. Yo suscribo, sin titubear siquiera, lo que afirmaba el sabio hispano que acabo de citar: la supervaloración de la historia clínica sobre la enfermedad: «Prefiero —decía— un estudiante que recoge con inteligencia y minucia el pasado biológico del paciente recién venido a la consulta, que el que, sin más, se aplica a percutirle y auscultarle para definir su estado presente: como si la enfermedad acabase de caerle de encima, desde otro planeta».

La historia de clínica psiquiátrica tiene un cuádruple valor: diagnóstico, pronóstico, terapéutico y social. Diagnóstico, porque la forma clínica de la enfermedad mental es función de la constitución psicopática; pronóstico, porque la historia señala los altibajos de una psiquis predispuesta o enferma y su ritmo psicopático; terapéutico, porque de poco servirán los remedios cuando predominen los factores endógenos sobre los exógenos y sólo serán eficaces cuando los últimos sean los prevalentes; y social, porque ella nos señalará los peligros del sujeto para sí mismo y los demás y las medidas profilácticas que es necesario tomar para evitar las reacciones antisociales.

Creo que la enseñanza de la clínica en general y de ésta en particular, se aprende más con el estudio detenido y minucioso de unos pocos casos que con el desfile vertiginoso de numerosos enfermos. La cinematografía clínica podrá formar un buen enfermero, que captará los síntomas gruesos sin trascendencia diagnóstica o terapéutica; pero no puede formar un médico consciente, un clínico profundo, un hombre de ciencia. Yo no creo en la sabiduría ni en la experiencia de aquellos médicos que han vivido varios lustros en un hospital y no se han detenido a estudiar con afán de profundidad un sólo enfermo. El gran CHARCOT hizo sus notables hallazgos en patología senil, estudiando con paciencia benedictina unas cuantas viejas septuagenarias de la Sálpetrière, abandonadas en las salas más miserables, a las puertas de la muerte. Y BABINSKI, ¿cómo hizo sus descubrimientos sobre la semiología de las lesiones piramidales? Pues, con un solo enfermo, un vulgar hemipléjico del Hospital de la Pitié. Se encerraba todas las mañanas, horas enteras, con aquel pobre paralítico de M. MARION, y a fuerza de percutirle con el martillo y pincharle con el estilete, acabó por descubrir el cuadro sintomático hoy clásico en neurología.

La vida clínica no se vive haciendo de paseantes entre las blancas camas de una sala. Vivir la vida clínica es vivir continuamente al lado de los enfermos, observando, analizando y comparando; es vivir con

ciencia y pasión todas las peripecias de las enfermedades, indagando sus causas, previendo sus consecuencias, atenuando sus efectos; vivir la vida clínica no es ser un espectador pasivo; es ser un actor eficiente, un actor que atisba las formas mórbidas, y atenúa el dolor, prolonga la vida o salva de la muerte.

Se ha dicho que el clínico nace y el cirujano se hace. No soy de esa opinión. Ambos nacen si se tienen presentes las cualidades intrínsecas de la intuición, de la perspicacia, de la lógica, frente a los problemas clínicos y quirúrgicos; y ambos se hacen, porque de nada sirve la intuición adivinatoria del clínico sin la experiencia largamente atesorada; como tampoco la imaginación creadora del cirujano, sin el dominio del arte operatorio que se perfecciona con el tiempo.

Frente al enfermo mental existe un arte clínico que si bien tiene los caracteres comunes del que se desarrolla con enfermos de otra naturaleza, posee cualidades particulares y específicas. En primer término, este arte exige saber aproximarse a un enfermo, que es muy distinto de los demás, y ese aproximarse de nuestro espíritu a otro espíritu — para penetrar en lo más recóndito y brumoso— obliga a una estrategia llena de prudencia, tacto y perspicacia. Auscultar un espíritu no es lo mismo que auscultar un corazón. Mientras que para éste basta aplicar el oído sobre el tórax, para el primero es imprescindible esperar o buscar o crear el momento propicio. El éxito de la exploración depende de nuestros conocimientos, de nuestra experiencia, de nuestra paciencia y de nuestra bondad. De nuestros conocimientos, porque no descubriremos las figuras clínicas si no las hemos estudiado con anterioridad; de nuestra experiencia, porque cada enfermo imprime a esas figuras su sello personal; de nuestra paciencia, porque es más difícil desnudar un espíritu que desnudar un cuerpo, y requiere más tiempo y delicadeza; y de nuestra bondad, porque nadie necesita más de esta virtud tonificante, que esos pobres enfermos que han perdido lo que más enaltece al hombre: la inteligencia y la razón.

La medicina, ha dicho BIER, es arte y técnica, y además filosofía. El absoluto predominio de cualquiera de estas tres modalidades produce una desarmonía en la personalidad intelectual del médico. La técnica está representada por los conocimientos y los recursos; el arte, por la habilidad y modo de aplicación; la filosofía, por la lógica científica. En lo que se refiere a la filosofía, no se trata de que el médico sea filósofo, sino simplemente de que sepa razonar filosóficamente, para evitar los sofismas clínicos y los tratamientos inútiles o nocivos. No olvidemos que los descubrimientos científicos de CLAUDIO BERNARD en Francia, y de VIRCHOW en Alemania, se debieron a su pensar filosófico, que les permitió seguir por caminos seguros y fecundos. El médico contemporáneo debe conocer muchas técnicas, sin las cuales permanecerá a las

puertas de la fenomenología clínica; y sumar a ellas el arte de manejarlas y aplicarlas de acuerdo con la experiencia acumulada. En esta forma, el itinerario del diagnóstico será más claro y preciso; el pronóstico, más firme y certero; la terapéutica más adecuada y lógica.

Señor Decano: Os he presentado en forma sucinta mis ideas sobre la naturaleza y la enseñanza de la clínica psiquiátrica. He de poner todo mi empeño y mi entusiasmo al servicio de esas ideas. La conquista de esta cátedra no puede significar un punto de llegada. Es en cambio, un puerto de partida con nuevas y más altas responsabilidades. La vida clínica exige mantener el espíritu en tensión constante porque «cada enfermo modifica la clínica a su manera», según la expresión feliz del viejo SICARDI. Cuando creemos poseer toda la verdad apenas si nos hemos apoderado de una mínima parte, si no resulta un fantasma que se desvanece ante la luz de nuevos conocimientos.

Si no tengo la pretensión de creer que la clínica psiquiátrica es la materia fundamental del plan de estudios, tengo la firme convicción de que su conocimiento es indispensable a todo médico práctico, en sus elementos esenciales. La experiencia nos dice todos los días cómo crece la ola de los fronterizos, y de los alienados y el peligro social que este hecho significa. La civilización nos ha traído junto con sus luces, esas miserias que parecieran dar la razón a ROUSSEAU, cuando las anatematizaba y predicaba la vuelta a la vida sencilla en contacto con la naturaleza. ¿Cómo es posible, entonces, que un médico consciente de su profesión no sepa descubrir el alienado peligroso para sí mismo y para los demás en lugar de rotularlo —dando pruebas de su ignorancia— con la mal traída y maltratada neurastenia? ¿Cómo es posible dejar sumergirse en la noche de la demencia formas de alienación mental que diagnosticadas a tiempo y tratadas inteligentemente hubieran remitido o hubieran curado? El médico de estos tiempos debe ser en lo posible un médico completo y debe saber curar o aliviar tanto los males físicos como los males psíquicos y morales.

Jóvenes alumnos: Vosotros conocéis mi historia de estudiante. Siempre he sentido la fecunda inquietud por las cosas del espíritu. Nunca he permanecido impasible frente a los problemas de la cultura. He sido alumno de la escuela de medicina, y también lo fuí de la escuela de filosofía. Os confieso que jamás he tenido la vanidad de estar satisfecho de mí mismo. Esa insatisfacción me ha empujado a estudiar con más ahinco y a cumplir nuevas empresas. Nada se construye en la vida sin la luz de la inteligencia, sin el esfuerzo de la voluntad y sin un poco de angustia en el corazón. Por estar insatisfecho no permanecí inmóvil en el camino y llegué a descubrir otros paisajes.

Al llegar a esta cátedra, que absorberá de hoy en adelante todas mis actividades, recuerdo emocionado mis luchas e ilusiones de estudiante.

Yo estudiaba y soñaba como vosotros. En 1918 fundé la Federación Universitaria Argentina, para «unir a todos los estudiantes en un exclusivo ideal de cultura». En ese mismo año organizaba y presidía el Congreso Reformista de Córdoba y abría sus sesiones con estas palabras: «Este es un Congreso Universitario, que estudiará únicamente los problemas universitarios, con espíritu universitario». Este fué el verdadero ideal de la Federación y ese fué el auténtico espíritu del Congreso. Han pasado cuatro lustros y muchas cosas han cambiado o se han tergiversado. Es urgente volver al culto de los ideales primigenios tan claros y tan altos. Sólo en el estudio se encuentran los goces más puros del espíritu. En la Universidad no seáis otra cosa que estudiantes. Así, cada día que pase, la ciencia os parecerá más grande, la verdad más resplandeciente, la justicia más santa, la tolerancia más humana, el amor más divino, la vida más bella!

INSTITUTO DEL MUSEO

**4. Palabras del director del Instituto, doctor Joaquín Fren-
guelli, pronunciadas en el acto de Homenaje de la Muni-
cipalidad de La Plata a la memoria del doctor Carlos
Spegazzini.**¹

Al justiciero homenaje que hoy el Municipio de esta ciudad hermosa y culta, con clara visión, tributa a la venerable memoria de CARLOS SPEGAZZINI, el Instituto del Museo de la Universidad nacional de La Plata se adhiere con entusiasmo y con aquel fervor que inspiran e imponen hondos sentimientos de solidaridad, de admiración y de gratitud.

Y a la misión encomendada, al grato deber oficial, quien tiene el alto honor de dirigirlo, agrega la expresión sincera de su corazón y bendice este momento que le permite aportar al rito su tributo personal e iluminar su rostro, aun fuera por lejano reflejo, con un rayo de la gloria del sabio que fué grande y que fué nuestro.

Y, al aplauso colectivo, une el propio para el señor LUIS MARÍA BERRRO, quien hizo suyo el íntimo anhelo de todo naturalista y decretó el homenaje, y lo realizó en el día de hoy, fecha de honda y significativa evocación.

En verdad, a nadie puede pasar desapercibido que hoy se cumple el XXVIº aniversario de la muerte de FLORENTINO AMEGHINO.

La elección de la fecha no pudo ser más oportuna, ni más digna de encomio; nada pudo ser más plausible que el acercamiento, en el acto que se celebra, de estos dos grandes naturalistas, hijos adoptivos de la ciudad de La Plata.

Dos figuras excelsas que, en una amistad recia, en una fecunda emulación recíproca, en una solidaridad perfecta de aspiraciones nobles, en íntima unión de ideales, sostenidos por una misma fe, cada uno en el ámbito de su predilección, constituyeron obra monumental y alcanzaron cumbres raramente escaladas por la humana fatiga.

Educados ambos, en hogar modesto, a la rígida disciplina del trabajo, por su intelecto, por el esfuerzo tenaz e incesante de una voluntad guiada por infinito amor a las armonías de la vida, lograron un renombre

¹ Realizado el 6 de agosto de 1937.

que desbordó de los angostos límites de la patria, para dilatarse por todas las esferas cultas del mundo.

Ambos, vástagos de una misma estirpe destinada a cobrar lozanía en el fecundo suelo de América, llevaron, en su carácter y en su temperamento, la representación auténtica de los humanistas del Renacimiento, cuyo espíritu, flexible y múltiple, abierto a todas las luces del saber, favorecido con los dones más difícilmente conciliables del entendimiento, aun hoy marca rumbos y dicta normas de sabiduría y de belleza. Espíritus dinámicos e inquietos, que no buscaron Dios y la felicidad en la vida contemplativa, sino en la acción heroica, o como Colón, desplegando las velas por la fascinadora inmensidad del océano, hacia mundos desconocidos, en busca de ignoradas potencias y de ignoradas riquezas.

Ambos, expresión viva de la secular extirpe latina, con los destellos de su talento y la fuerza de su pasión, contribuyeron a estrechar los lazos espirituales entre las dos patrias, allende y aquende los mares, en el nombre de Roma eterna, madre común, que al lado de las catedrales solemnes y de las torres severas, encierra en su seno la llama inextinguible de Palas, y perennemente, renueva de grandeza presente su grandeza pasada.

AMEGHINO y SPEGAZZINI, figuras eminentes entre aquel grupo de varones, ilustres en las ciencias y en las artes, en las letras y en la filosofía, quienes, movidos por una grande pasión de potencia intelectual, impulsados por un inagotable cariño para esta tierra, en un momento histórico, que perdurará para siempre con brillos de claridad meridiana, supieron rasgar, con la exuberante germinación de su rara inteligencia, la áspera corteza del embrión de nuestra cultura.

SPEGAZZINI y AMEGHINO, gloriosos paladines de la vieja guardia, que al amor para la patria y para la ciencia, unieron una fe inmensa en su poder y en su devenir.

Para la Botánica, CARLOS SPEGAZZINI fué lo que FLORENTINO AMEGHINO para la Paleontología.

En su obra botánica, de la misma manera que en la obra paleontológica de FLORENTINO AMEGHINO, el temperamento del sabio nos parece como la selva exuberante del trópico, que el tronco robusto de árboles enhiestos envuelve de lianas ágiles y entreteje de malezas densas: pero selva tropical, por fin, donde también la maraña sabe llevar flores de maravillosa belleza y de perfumes sutiles.

Atraído por el sueño de lejanas tierras generosas de emociones sublimes para el naturalista, halagado por esperanzas que no fueron frustradas, con el ardiente entusiasmo de los veinte y un años, pero fincando ya en un vasto acervo de conocimientos adquiridos bajo la guía de su grande maestro PEDRO ANDRÉS SACCARDO, amparado y estimulado

en su llegar, por el botánico DOMINGO PARODI, abrevando su sed inexhausta en los raudales de la opulenta naturaleza de esta tierra, supo concretar una obra florística inmensa.

Dentro de este campo, en la Argentina entonces casi virgen, todo lo quiso abarcar: criptógamas, fanerógamas, botánica aplicada, fitogeografía, ecología vegetal, paleobotánica.

Pero, siguiendo las huellas luminosas de su eminente maestro, fué en la Micología en que debía descollar. En este campo vasto y difícil, su actividad fué realmente sorprendente: las treinta y nueve especies de hongos argentinos hasta entonces conocidos, dos años más tarde habían llegado a 774 y, aumentando vertiginosamente año tras año, a la muerte del sabio habían alcanzado guarismos insospechados: 150 géneros nuevos y más de mil especies nuevas, además de un sinnúmero de entidades críticas, de interés científico y práctico, prolijamente descritas, enriquecidas de observaciones originales, con mano maestra.

La especialidad, hasta entonces dominio incontrastable del norteamericano THAXTER, llegó a tener su máximo cultor en la Argentina, y por mérito de CARLOS SPEGAZZINI, la Argentina, desde entonces, fué uno de los países del mundo cuya flora micológica resultó mejor conocida.

Y, por cierto, no señalamos el hecho por frívola jactancia. Pensemos, que, en la clase de los hongos, y especialmente entre los micomicetes, es donde se anida la máxima parte de los gérmenes patógenos parasitarios y saprófitos, los micro-organismos que acechan nuestras vidas y nuestros bienes, y aquellos también que actúan en fermentaciones, fecundas de productos valiosos.

Es, entonces, un inmenso servicio que la obra micológica de CARLOS SPEGAZZINI ha rendido generosamente a la humanidad y a la ciencia; un poderoso instrumento de progreso a la medicina humana, a la patología animal y vegetal, a la higiene y a la industria; y un manantial copioso de enseñanza y de recursos, cuyo valor quizá no alcanzamos aún a estimar en toda su grandeza, ni aprovechar todavía en toda la potencia de su beneficio.

Verdad es que no todas las contribuciones de nuestro sabio botánico son fácilmente accesibles. Muchas de ellas, dispersas en revistas de escasa difusión o en publicaciones raras, permanecen casi desconocidas al estudioso y al técnico.

Pero, la provincia de Buenos Aires, que para la ciencia y la patria ya supo adquirir méritos grandes con la reedición de las obras completas de FLORENTINO AMEGHINO, sabrá comprender nuestros anhelos; sin dudas, sabrá repetir el gesto magnífico también para este otro ilustre hijo adoptivo de nuestra ciudad, especialmente hoy, en que vuelve a la acción creadora, a su glorioso pasado, por obra y virtud de los hombres eminentes que rigen sus destinos.

A no dudar, es en el vasto campo de la micología donde CARLOS SPEGAZZINI domina y dominará siempre como maestro incontrastable; más no por esto descuidó el no menos amplio dominio de la fanerogamía.

Viajero inquieto e incansable, naturalista escrupuloso y sincero, no pudo conformarse con el estudio de viejos herbarios o con elementos remitidos por remotos coleccionadores. Fué por esto que en todo el dilatado territorio de la República, desde las selvas de sus límites tropicales y los bosques chaqueños hasta las estepas australes de Patagonia y Tierra del Fuego, desde los bordes generosos del océano hasta la grandiosa majestuosidad de los Andes, dejó el sello imborrable de su laboriosidad y de su clara inteligencia.

Con su contribución al conocimiento de las Caráceas platenses, CARLOS SPEGAZZINI ensayó también el estudio de las algas argentinas. Pero, en sus primeros pasos por este piélago, hacia el cual le impulsara el ímpetu de su entusiasmo ansioso de horizontes siempre nuevos y siempre más amplios, acaso le detuvo la visión exacta de la vastedad inmensa de la labor emprendida.

En la intimidad de mi alma he de celebrarlo porque fué este el motivo que pudo acercar mi persona a su grande espíritu.

Fué cuando CARLOS SPEGAZZINI quiso confiarme la redacción de un artículo algológico para «La Nueva Notarisia», fundada y por 25 años dirigida por su sabio amigo y condiscípulo JUAN BAUTISTA DE TONI.

El artículo, destinado al volumen que debía ser jubilar, resultó, en cambio, una contribución al tomo necrológico en homenaje a quien fué su director, realizado por el piadoso cariño de AQUILES FORTI, digno discípulo de la misma escuela, sabio del mismo temple, quien acaba de fallecer, legando trece millones de liras al Musco de Verona, su ciudad natal.

El ejemplo sublime bien vale el recuerdo y la disgresión.

En ese primer encuentro, apenas dos años antes de su desaparición, CARLOS SPEGAZZINI me recibió como un viejo amigo: a pesar de su edad ya avanzada, brillaba en sus ojos un admirable entusiasmo juvenil; y de sus expresiones manaba una agilidad mental sorprendente; y de su corazón brotaba un raudal de maravilloso optimismo: de aquel optimismo que no le abandonó nunca en los momentos más rudos por el áspero contacto del mundo, ni en las horas aciagas del infortunio.

Señores: la ceremonia que nos congrega alrededor de la luminosa memoria de CARLOS SPEGAZZINI, honra a la Municipalidad de La Plata que, apartándose de la rutina, sabe exaltar los valores espirituales que marcan jalones eternos en el desenvolvimiento cultural y moral de los pueblos.

Honra a la Municipalidad de La Plata que sabe apreciar y exponer a la veneración pública la grande figura de CARLOS SPEGAZZINI, investiga-

ñor entusiasta y prolijo, maestro pródigo y sencillo, luchador recio y fecundo, apóstol ferviente y puro de aquella ciencia que educa, en el hombre, la idea del deber y la necesidad del trabajo, no como castigo sino como el empleo más noble de nuestra existencia: en esta ciudad de La Plata, que el sabio vió nacer y donde treinta generaciones disfrutaron el beneficio de sus provechosas enseñanzas, en esta patria que SPEGAZZINI amó con pasión desde el primer momento de su llegada, bajo este cielo donde, como ASHAVERUS, en el esplendor de una mañana primaveral, reconoció a Jehová, que larga y afanosamente en vano hasta entonces había buscado, y lo santificó en el alba de todo lo que existe, de todo lo que vive sólo para morir y revivir en el alma del Universo, en el espíritu de la Naturaleza.

ESCUELA GRADUADA «JOAQUÍN V. GONZÁLEZ»

5. Discurso pronunciado por el director de la Escuela, profesor Vicente Rascio, con motivo de la entrega de un retrato del profesor Víctor Mercante, con destino a la galería de la dirección. ¹

En las clases de esta semana hemos recordado la personalidad de VÍCTOR MERCANTE, cuya obra pedagógica ha tenido una amplia repercusión en nuestro país y fuera de él, por la acción educativa que ha ejercido, creando, organizando y dirigiendo escuelas primarias, secundarias y superiores, por sus enseñanzas desde la cátedra, y por su copiosa producción bibliográfica, con la que conquistó un puesto prominente entre los más destacados escritores didácticos de la Argentina y de América.

Muchos hombres de ciencia, investigadores y filósofos alcanzan, vivos o después de muertos, el homenaje de sus conciudadanos, que se materializa, a veces, en el bronce o en el mármol; pero muy pocos franquean, por la gravitación espontánea de sus virtudes y de su obra, los umbrales de la escuela, para lograr el monumento espiritual de la admiración y el respeto de los niños, en cuya naciente personalidad se encuentran los únicos anticipos del porvenir.

Ese es el significado del homenaje que las escuelas rinden a los próceres de la nacionalidad: MORENO, BELGRANO, SAN MARTÍN, y a los paladines de la educación popular, de la cultura y de la ciencia, como SARMIENTO, ALBERDI, AVELLANEDA, GONZÁLEZ, AMEGHINO, MERCANTE.

VÍCTOR MERCANTE fué un maestro en la más amplia acepción del vocablo. Durante 40 años prodigó los tesoros de su inteligencia privilegiada, de su sensibilidad exquisita, de su laboriosidad infatigable, en el aula primaria, secundaria y superior. JOAQUÍN V. GONZÁLEZ, que lo llamara su querido amigo y sabio compañero de una honda labor, dijo de él que había contribuido «con mano firme y estudio sereno a variar el curso de un caudaloso río de rutinas y de errores». Nada más cierto, y ningún lugar más adecuado para recordar esas palabras, que esta es-

¹ El retrato fué donado por la Comisión pro-escuela graduada «Joaquín V. González». El acto se realizó el 23 de setiembre de 1937.

cuela, donde hoy son expresiones corrientes y familiares las que en un tiempo fueron aspiraciones casi románticas del maestro inolvidable.

Los nombres de JOAQUÍN V. GONZÁLEZ y de VÍCTOR MERCANTE están indisolublemente unidos a la historia de esta Escuela. GONZÁLEZ, que concibió la Universidad de La Plata como una amplia institución de cultura, caracterizada por su integralidad, que además de los institutos superiores comprendía las escuelas primarias, secundarias, elementales y técnicas, deseaba —según lo recuerda el propio MERCANTE, en una exacta semblanza del fundador— que las facultades recibieran sus alumnos de los colegios secundarios, y éstos de los primarios de la misma Universidad, para formar así la tradición, el ambiente y el clima espiritual de la Universidad Nacional de La Plata.

Al incorporar oficialmente, en 1907, el Colegio Nacional, el Colegio secundario de señoritas y la Escuela graduada, expresó su anhelo de que los jóvenes que se educaban en aquellos institutos y los niños de esta última, a quienes llama «nuestros compañeros, nuestros hijitos menores y nuestros más delicados joyeles», se acercaran a sus hermanos mayores de las facultades, para compenetrarse de su espíritu y aprovechar de sus lecciones y buenos ejemplos, «como en una vasta familia bíblica, de esas que el salmista compara con los olivos centenarios, cuyos troncos viejos caen en medio de una selva de retoños para atestiguar así la eternidad del árbol generador».

Pero así como en GONZÁLEZ alentó el pensamiento originario, MERCANTE fué el creador, que con su acción directiva personal, con su experiencia docente, con sus iniciativas didácticas, con sus investigaciones psico-pedagógicas, dió forma y realidad a aquel pensamiento. Así nació, en 1906, la vieja Escuela graduada anexa con MARCELINO MATTALONI, JULIO DEL C. MORENO, JOAQUINA RODRÍGUEZ, PEDRO LÓPEZ, LUCRECIA BELBEY, ELIDA GILARDON, PAULINA CHAMANS, JOSÉ V. CASELLI y SEVERO TROFELLI, bajo la dirección de DIONISIO SAN SEBASTIÁN, maestro que aun enseña en la Escuela Normal de Esquina, cuya semblanza nos ha prometido el actual decano de la Facultad de humanidades, doctor ALFREDO D. CALCAGNO, que a los cuatro años de la fundación de esta Escuela había de iniciar en ella, como secretario, su larga y fecunda carrera universitaria, en que ha seguido las huellas del maestro como verdadero discípulo que aspira a continuarlo y a superarlo.

VÍCTOR MERCANTE nació en Merlo, provincia de Buenos Aires, el 21 de Febrero de 1870. Cursó los grados primarios en la escuela del pueblo natal, que hace pocos meses, en una ceremonia emocionante, fué bautizada con su nombre. Realizó sus estudios magisteriales en la histórica Escuela normal de Paraná, al lado de CARBÓ, BAVIO, SCALABRINI y LAFERRIÉRE. Allí templó su carácter en la disciplina de los estudios serios y pasó a San Juan, donde inició su larga carrera docente, siendo regente y catedrático de la Escuela Normal.

En la ciudad que vió nacer al gran SARMIENTO, comenzó su tarea de innovador y de revolucionario de la pedagogía, en la que no sólo adaptó al medio argentino las novedades que se ensayaban en Europa y Estados Unidos, con cuyos maestros más reputados mantuvo correspondencia, sino que creó formas originales. Allí concibió la Paidología y publicó sus primeros trabajos psico-pedagógicos.

Reaccionando contra el verbalismo y contra las clases pasivas organizó la escuela normal de Mercedes, que dirigió, sobre la base de los métodos activos, desarrollados en aulas especiales, laboratorios, talleres, bibliotecas, museos, donde el alumno es el principal actor y protagonista de su cultura y el maestro se transforma en el compañero y el guía experimentado, que ayuda al niño y al joven a elaborar su propia miel intelectual. Cimentó la disciplina sobre la base del afecto y el respeto recíprocos, entre maestros y alumnos, y publicó: «Enseñanza de las matemáticas», «Psicología de la aptitud matemática», «Psicología de las aptitudes ortográficas», «Cultivo y desarrollo de la aptitud matemática», «Enseñanza de la lectura», etc.

En 1906, JOAQUÍN V. GONZÁLEZ lo llamó para organizar la Sección pedagógica de la Facultad de ciencias jurídicas y sociales, como base de una futura facultad de Pedagogía, que el fundador concebía como un complemento indispensable de una Universidad moderna, pensamiento que no alcanzaron a comprender muchos de sus contemporáneos y colaboradores. Creó en ese año nuestra Escuela, y un año después el Colegio secundario de señoritas, establecimientos en los que desarrolló una fecunda acción personal, razón por la cual sus iniciativas no se registran en archivos copiosos. Es que entonces, y siempre, la tarea directiva fecunda fué labor silenciosa y perseverante, trabajo directo de colaboración con los maestros, en presencia del caso diario y de la realidad profunda y aleccionadora, eterna y cambiante, que es la personalidad del niño.

En el mismo año, 1906, fundó los «Archivos de Pedagogía y ciencias afines», destinados a la divulgación de los trabajos de la Sección pedagógica.

Trabajador infatigable, parco en sus expresiones, pero sensible y comprensivo, conquistó el afecto inextinguible de los que fuimos sus discípulos y recibimos al par que sus enseñanzas, la influencia de su amistad cordial y de su consejo siempre elevado y estimulador, que a tantos orientó definitivamente hacia la docencia.

En la Sección pedagógica, transformada en 1914 en Facultad de ciencias de la educación, de la que fué su primer Decano, enseñó hasta 1920, en que se jubiló, creando los laboratorios de psicopedagogía, antropología y sistema nervioso y sentando las bases de los actuales seminarios de investigaciones. Como discípulo, tuve el honor de ser recor-

dato en algunos de sus trabajos, y debo reconocer la paternal gravitación que tuvo sobre mi destino. Al incorporarme en 1914 a esta Escuela como encargado de la Sala de proyecciones, y proponerme más tarde como director de curso de la Escuela intermedia, en 1916, y como profesor de grado, en 1917, trazó las paralelas sobre las que mi vida se ha deslizado en absoluta consagración a esta casa, en la que había de ser por tantos años, en continuidad con la obra de mis antecesores —entre los cuales FRANCISCO LEGARRA se destaca con relieve inconfundible— y con la eficaz colaboración de los profesores que me escuchan, modesto, pero perseverante constructor de la Escuela, que hoy lleva el nombre del fundador de la Universidad y que bajo su égida mantiene con dignidad el privilegio y la responsabilidad de ser la primera y única escuela primaria universitaria del país.

Hace tres años, el 20 de setiembre de 1934, cuando volvía de representar a nuestra patria en un congreso pedagógico en Chile, se extinguió la vida ejemplar de VÍCTOR MERCANTE.

Al incorporar su retrato a la galería de la dirección, hago votos por que las ideas de verdad, de bondad y de belleza del maestro, que fué también un artista, inspiren por largos años la inteligencia, la acción y los sentimientos de los maestros y de los alumnos de esta escuela.

6. Discurso pronunciado por el director de la Escuela graduada Joaquín V. González, profesor Vicente Rascio, en el acto de la clausura de los cursos ¹.

Esta ceremonia que reúne todos los años a las autoridades universitarias, a los profesores, a los alumnos y a los padres, es, sin duda, el momento más emocionante de la vida escolar. En este acto exteriorizamos nuestra comprensión los que, desde diversos sectores de la actividad estamos solidarizados en un mismo ideal de perfeccionamiento humano que tiene su manifestación más pura en la educación de la niñez.

Al abrir este acto en mi carácter de director de la Escuela y en nombre de los maestros, saludo al señor Presidente, al señor Decano y demás autoridades universitarias que manifiestan con su asistencia el profundo interés y la cálida simpatía con que siempre han estimulado nuestra gestión, y a los padres de los alumnos que ponen de relieve el amor a la escuela de sus hijos y su solidaridad con la obra educadora que ella realiza.

Las tareas del año han sido cumplidas con la armonía, la disciplina, la tolerancia y la responsabilidad que son las normas de vida de esta gran institución de cultura, que es la Universidad nacional de La Plata, organizada sobre la base de la comunidad de ideales y de la autonomía docente de los institutos que la integran.

El nombre de esta escuela por sí solo constituye una definición ideológica y un programa de labor. JOAQUÍN V. GONZÁLEZ, que ha sido uno de los cerebros más claros y potentes del país, dedicó muchas páginas de su fecunda labor doctrinaria a señalar los nuevos ideales educativos, a definir la función del maestro moderno y a indicar los métodos más adecuados para lograr el desarrollo de la personalidad del niño. Al concebir la escuela, no como simple lugar de enseñanza instructiva, sino como una institución en que todos los recursos de la ciencia y del arte deben ser aprovechados para resolver los problemas del crecimiento y de la variabilidad, ha expresado el ideal pedagógico que debe orientar a todos los educadores y en especial a los que enseñan en las escuelas y colegios de la Universidad que él fundó.

¹ Se realizó el 17 de noviembre de 1937.

Difícilmente podrá hallarse una manifestación de la vida de nuestra escuela, que no tenga su antecedente en una meditación del Maestro. Tanto el ambiente propicio de naturaleza, en que se desenvuelve la vida del niño, la libertad y la salud moral y física que lo caracterizan, así como el espíritu de iniciativa, de cooperación, de solidaridad y de tolerancia que en él se desarrollan, han sido señalados por GONZÁLEZ como los ideales educativos de la escuela moderna.

Nada, pues, de lo que aquí se hace es fruto de la improvisación o del capricho. Sabemos que la función del educador consiste en ayudar al niño a desarrollarse conforme a las leyes de la naturaleza, y secundar, con cuidado, su trabajo interior, sin apresuramientos, sin prejuicios, sin conclusiones prematuras. Por eso consideramos que no es posible subordinar la educación del niño a ningún propósito social o político preconcebido. «Como los pueblos nacientes — ha dicho GONZÁLEZ — los niños tienen que recorrer su carrera normal representada por la gimnasia, los trabajos manuales, la observación, las primeras experiencias. Las generalizaciones vienen mucho más tarde. Si no, hay que temer que se desflore la imaginación de los niños, que se gasten antes de tiempo sus facultades mentales, y que se les vuelva escépticos y cansados, lo cual, entre todas las desgracias sería la más grande».

Hemos atendido con creciente eficacia la salud y el desarrollo físico de los educandos. El Departamento de cultura física de la Universidad, su oficina médica y nuestro consultorio dental han contribuido a ese resultado. No se ha omitido esfuerzo con el fin de realizar una acción profiláctica intensa tendiente a defender al niño de las enfermedades infecciosas, que encuentran por lo general en el aula de clase, las condiciones adecuadas para su propagación. La Copa de leche ha contribuido también, reparando las energías de los niños durante el trabajo escolar, al mantenimiento de la salud y a la mayor eficacia de la labor infantil. En cuanto al desarrollo físico y al espíritu deportivo del alumnado se han manifestado satisfactoriamente en el reciente torneo de fin de curso. La colonia de vacaciones tiende a completar esos resultados, ofreciendo las ventajas de un programa adecuado de vida al aire libre, bajo una dirección física experta, con vigilancia médica y en un medio ambiente de alegría, de compañerismo y de urbanidad, que proporciona la escuela misma.

La cultura literaria, musical y estética del alumnado ha sido puesta de relieve en múltiples actos escolares, representaciones teatrales, dramatizaciones y transmisiones radiotelefónicas, merced a la tarea meritosa de las profesoras de canto y declamación, secundadas eficazmente por las directoras de curso y por las profesoras de idiomas.

Las tareas manuales han alcanzado un alto rendimiento, y considero como una de las mayores y más legítimas satisfacciones que propor-

ciona nuestro ambiente escolar, el ver la desenvoltura, la actividad, el orden, la corrección y el encanto con que los niños desempeñan sus tareas en el huerto, en el taller de carpintería, en la imprenta o en la clase de modelado. No es temerario afirmar que estas actividades constituyen hoy la piedra angular de la disciplina de la escuela.

La práctica de la filantropía, considerada como un deber social ineludible, más que como un virtud, ha tenido manifestaciones conmovedoras. La vinculación de nuestros educandos con meritorias instituciones de asistencia social, como el Hospital de niños, el Asilo Marín y el Patronato de leprosos, constituye un motivo de educación moral que al tiempo que promueve la manifestación de los más nobles sentimientos, exalta ideales de solidaridad y de justicia social. Al observar cómo las nobles sugerencias de los maestros han motivado loables iniciativas de los niños: la de los alumnos de 5º grado al proponer la creación del fondo permanente para el asilo de ancianos, o la de los de 6º destinando al mismo fin el producto de la venta de los periódicos infantiles «El Chingolo» y «El Luchador», nos convencemos de que en el fondo del alma de todos los niños duermen tesoros de amor, de dulzura y de bien que no esperan para manifestarse en toda su perfección más que la palabra oportuna del maestro generoso y entusiasta. El niño es bueno —ha dicho GONZÁLEZ— y afirmar lo contrario es como condenar a la naturaleza por la impureza de un río contaminado, olvidando que había surgido puro en la fuente.

Los maestros han procurado la constante renovación de los métodos para la dirección del aprendizaje. Cabe señalar la aplicación sistemática del cinematógrafo a la enseñanza, como uno de los adelantos mejor logrados y de mayor gravitación en la cultura general de los niños.

No es el momento de enumerar las múltiples manifestaciones de la vida escolar cotidiana, que ponen de manifiesto el alto espíritu de solidaridad entre maestros, alumnos y padres para mayor realce de la obra cultural que la escuela realiza. Con respecto a los últimos debo expresar mi gratitud y la de la Universidad por la cooperación tan eficaz como imprescindible que prestan por intermedio de la digna Comisión directiva de la Asociación de padres, que se halla completamente identificada con la obra de la dirección y de los maestros.

Ha constituido durante el año un motivo de preocupación constante de esta dirección el proyecto de nuevo edificio de la Escuela, que prepara la Dirección de Arquitectura de la Nación, cuyas principales características serán publicadas en breve. Se procura dotar al establecimiento de un edificio adecuado a sus necesidades, a su orientación y al ambiente en que actualmente desarrolla sus actividades.

El proyecto ha sido desarrollado en dos plantas, hallándose todas las aulas y dependencias principales en la planta baja, que posee además del gran patio, vecino a la pileta de natación que existe, dos grandes

patios cubiertos que serán utilizados como ampliación de las aulas de clase y servirán de refugio durante los días lluviosos.

En la planta alta han sido proyectados, además del gran salón para dramatizaciones y cinematografía, la biblioteca infantil y la sala de lectura, los locales para la enseñanza práctica en amplios y ventilados talleres, gabinetes, museo escolar y sala de dibujo.

Será, a nuestro entender, y al de los técnicos que han intervenido en la preparación del proyecto, un edificio que satisfará todas las exigencias de una escuela moderna y que estará en concordancia con la jerarquía del establecimiento.

Señores profesores: Siguiendo el derrotero espiritual de JOAQUÍN V. GONZÁLEZ y bajo los manes propicios de VÍCTOR MERCANTE y FRANCISCO LEGARRA, habéis cumplido en forma ampliamente satisfactoria, que en algunos casos, justo es proclamarlo, ha alcanzado los límites de la abnegación, la labor educadora del año. Os aprestáis para gozar de un bien ganado descanso, que os devolverá con nuevos bríos, con nuevo amor y con nuevas iniciativas a la función, siempre igual y siempre diferente del aula. Renovar constantemente su espíritu es una obligación ineludible del maestro que tiene verdadera conciencia de su elevada función y de la responsabilidad que contrae al recibir de manos del padre al niño que ha de educar.

Y ahora, mi saludo a los niños que hoy egresan de la escuela después de haber cumplido en ella el ciclo de los estudios primarios.

Niños: hace seis años os ví llegar pequeñitos y emocionados, de la mano de vuestras madres, que depositaron su tesoro en manos de la maestra amantísima que procuró haceros menos triste aquella primera separación prodigándoos su afecto y sus cuidados. Luego, poco a poco, os habéis ido identificando con el espíritu de esta casa, en la que habéis encontrado ternezas de hogar y a la que seguiréis unidos por un afecto inextinguible. Vuestros maestros os vemos partir con melancolía, impregnada de la satisfacción de saber que en cada uno de vosotros se va algo de nuestra propia alma.

Siguiendo la tradición de la escuela, habéis designado con estricta justicia y loable discernimiento para expresar vuestros sentimientos, al que considerásteis más digno de honor tan insigne: ALFREDO ERIC CALCAGNO, que deja en la Escuela «JOAQUÍN V. GONZÁLEZ» el recuerdo imborrable de su conducta ejemplar, de su laboriosidad invariable y más que todo de su bondad extraordinaria. Fácil será a todos los presentes apreciar la emoción con que proclamo esta verdad ante la madre, siempre recordada en esta casa, de la que fué virtuosísima maestra, y ante el padre, que hoy rige la Facultad de humanidades, de la que depende esta escuela, donde inició hace treinta años su fecunda carrera universitaria.

Niños: deseo que los recuerdos, las enseñanzas y los ejemplos de vuestros maestros pongan siempre un sello de elevación en vuestros actos y en vuestros pensamientos. Estudiad con entusiasmo y tened la certeza de que vuestros futuros triunfos constituirán el mejor premio de nuestros afanes. Observad siempre las normas de amor, de respeto y de compañerismo que os hemos inculcado, venerad a vuestros padres y reservad para nosotros un lugar en el corazón.

INDICE

ACTO DE LA ENTREGA DE LOS DIPLOMAS A LOS PROFESORES INCORPORADOS A LA UNIVERSIDAD.

	Pág.
1. Discurso del miembro del Consejo superior de la Universidad, doctor Juan Carlos Rébora	7
2. Discurso del doctor Osvaldo Loudet, en nombre de los nuevos profesores de la Universidad	16

FACULTAD DE CIENCIAS MÉDICAS:

3. Conferencia inaugural de la cátedra de Clínica psiquiátrica, pronunciada por el profesor titular de la misma	21
---	----

INSTITUTO DEL MUSEO:

4. Palabras del director del Instituto, doctor Joaquín Frenguelli, pronunciadas en el acto de Homenaje a la Municipalidad de La Plata a la memoria del doctor Carlos Spgazzini	33
--	----

ESCUELA GRADUADA «JOAQUÍN V. GONZÁLEZ»:

5. Discurso pronunciado por el director de la Escuela, profesor Vicente Rascio, con motivo de la entrega de un retrato del profesor Víctor Mercante, con destino a la galería de la dirección.	38
6. Discurso pronunciado por el director de la Escuela graduada «Joaquín V. González», profesor Vicente Rascio, en el acto de clausura de los cursos.	42

